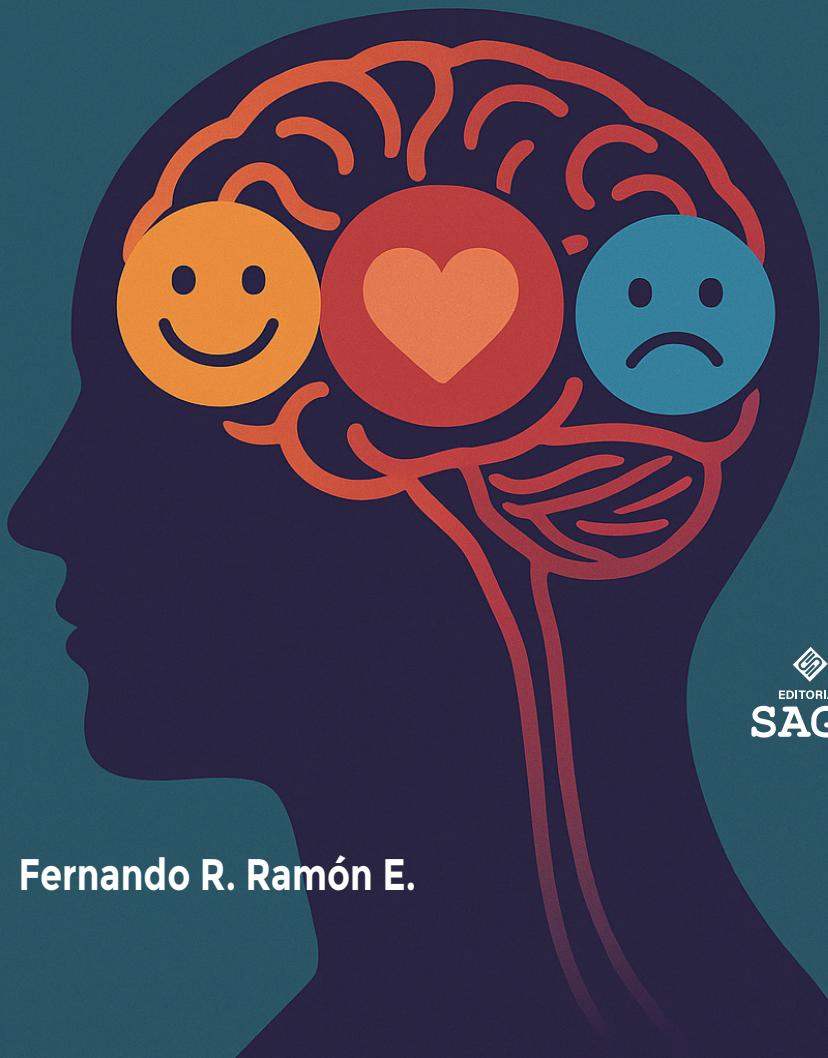


NEUROAPRENDIZAJE EMOCIONAL

CÓMO LAS EMOCIONES RECONFIGURAN LA
MENTE Y TRANSFORMÁN LA EDUCACIÓN



EDITORIAL
SAGA

Fernando R. Ramón E.

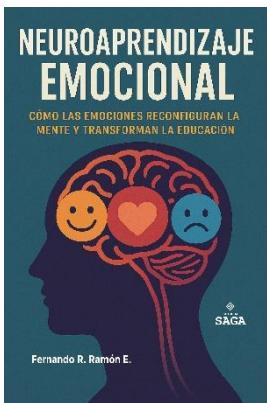
Neuroaprendizaje emocional

*Cómo las emociones
reconfiguran la mente y
transforman la educación*



Autor:

Fernando Rivelino Ramón Espinoza



Datos bibliográficos

ISBN:	978-9942-7476-4-8
Título del libro:	Neuroaprendizaje emocional Cómo las emociones reconfiguran la mente y transforman la educación
Autores:	Ramón Espinoza, Fernando Rivelino
Editorial:	SAGA
Materia:	370 - Educación
Público objetivo:	Profesional / académico
Publicado:	2025-11-25
Número de edición:	1
Tamaño:	3Mb
Soporte:	Libro digital descargable
Formato:	Pdf (.pdf)
Idioma:	Español
DOI:	https://doi.org/10.63415/saga.2025.46

Hecho en Ecuador / Made in Ecuador

Autores

Ramón Espinoza, Fernando Rivelín

Universidad Estatal de Bolívar

 ferespinozax3@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0005-2630-4170>

Chimbo, Bolívar, Ecuador

Semblanza

Ramón Espinoza, Fernando Rivelín es psicólogo clínico graduado en la Universidad Central del Ecuador, con un profundo interés en la intersección entre neuropsicología, educación y tecnología. Su producción académica reciente incluye obras publicadas en 2024 entre las que destacan: Ciberpsicología y Comportamiento en Línea de los Estudiantes y Cultivando la Empatía: Guía Completa para el Aprendizaje Socioemocional. Ambas publicaciones reflejan su compromiso con construir puentes entre el desarrollo cerebral, el bienestar emocional y las prácticas educativas del siglo XXI.

Además de su labor como autor, ha contribuido con artículos científicos en temas como la neuroplasticidad y la psicoterapia, explorando la manera en qué las intervenciones clínicas pueden modificar tanto la cognición como la estructura cerebral.

Su trabajo se caracteriza por integrar teoría y práctica para fomentar entornos educativos más empáticos, reflexivos y adaptados a la realidad digital contemporánea.



El contenido y las ideas expuestas en esta obra se encuentran protegidos por la normativa vigente en materia de propiedad intelectual y constituyen derechos exclusivos de su(s) autor(es)

Todos los derechos reservados © 2025

Sinopsis

Neuroaprendizaje emocional: Cómo las emociones reconfiguran la mente y transforman la educación revela la fuerza invisible que guía cada pensamiento, decisión y proceso de aprendizaje. Esta obra invita a comprender que enseñar y aprender no son actos mecánicos, sino experiencias profundamente emocionales donde la química cerebral, la empatía y la motivación se entrelazan para moldear la mente. A través de un lenguaje cercano y ejemplos inspiradores, se muestran las conexiones entre emoción y cognición, ofreciendo estrategias para que docentes, estudiantes y familias conviertan el aula en un espacio vivo, sensible y creativo. La obra presenta una visión educativa en la que la serenidad, la alegría y la curiosidad se transforman en motores del conocimiento, alejando la enseñanza del automatismo y acercándola al bienestar integral. Cada capítulo despierta preguntas que invitan a repensar el papel del educador como guía emocional y del estudiante como protagonista consciente de su propio proceso. Este libro no solo ilumina la relación entre cerebro y emoción, sino que impulsa una nueva manera de educar más humana, más consciente y profundamente transformadora, donde aprender se convierte en un acto de conexión auténtica con uno mismo y con los demás.

Palabras clave: neuroeducación; emociones; aprendizaje; cerebro; educación emocional; transformación educativa

Synopsis

Neuroemotional Learning: How Emotions Reconfigure the Mind and Transform Education reveals the invisible force that guides every thought, decision, and learning process. This work invites readers to understand that teaching and learning are not mechanical acts but profoundly emotional experiences where brain chemistry, empathy, and motivation intertwine to shape the mind. Through accessible language and inspiring examples, it uncovers the connections between emotion and cognition, offering strategies for teachers, students, and families to turn the classroom into a living, sensitive, and creative space. The book presents an educational vision in which serenity, joy, and curiosity become engines of knowledge, moving teaching away from automatism and closer to holistic well-being. Each chapter awakens questions that encourage rethinking the educator's role as an emotional guide and the learner's role as a conscious participant in their own process. This book not only illuminates the relationship between brain and emotion but also inspires a new way of educating—more human, more aware, and deeply transformative—where learning becomes an act of authentic connection with oneself and with others.

Keywords: neuroeducation; emotions; learning; brain; emotional education; educational transformation

Índice General

Sinopsis.....	v
Índice General	7
Introducción	11
Capítulo 1: El cerebro emocional en acción: la biología del sentir y aprender.....	15
1.1. La química de una emoción: cómo los neurotransmisores moldean el pensamiento	19
1.2. Amígdala y corteza prefrontal: el diálogo silencioso que decide el aprendizaje	22
1.3. El cerebro en modo alerta: del estrés a la atención sostenida	24
1.4. La memoria afectiva como motor del recuerdo duradero ...	26
1.5. Curiosidad y recompensa: dopamina en el aula	28
1.6. Empatía neuronal: cómo sentimos lo que otros aprenden...	30
1.7. Sinapsis y plasticidad: el arte de reconfigurar la mente	32
1.8. El cuerpo como escenario emocional del aprendizaje.....	34
1.9. La influencia del sueño y el descanso emocional en la consolidación del saber.....	36
1.10. Ritmos cerebrales y estados emocionales que potencian la concentración.....	38
Capítulo 2: La escuela emocionalmente inteligente: educar desde el sentir.....	43
2.1. Crear climas de aula que respiran calma y confianza.....	47
2.2. Lenguaje emocional docente: palabras que conectan con el cerebro del estudiante	49
2.3. Estrategias para convertir el error en aprendizaje emocionalmente nutritivo	51

2.4. El poder de la escucha profunda en las dinámicas grupales	53
2.5. Prácticas de atención plena aplicadas al entorno educativo.....	55
2.6. Autorregulación emocional como base para la autorregulación cognitiva.....	57
2.7. Ambientes multisensoriales que despiertan el aprendizaje afectivo	59
2.8. La narrativa emocional en la enseñanza de cualquier disciplina	62
2.9. Ritualizar la empatía: pequeños gestos que cambian la cultura escolar.....	63
2.10. El docente como modulador emocional del aula	66
Capítulo 3: Neurodidáctica afectiva: estrategias que sincronizan emoción y cognición.....	71
3.1. Aprender desde la sorpresa: el cerebro ama lo inesperado	75
3.2. Activar la emoción antes del contenido: la secuencia invisible del aprendizaje eficaz.....	77
3.3. Juegos emocionales que estimulan la creatividad y la memoria	79
3.4. Evaluaciones con sentido: medir el aprendizaje sin apagar la motivación.....	80
3.5. Diseño de experiencias de aula que provocan curiosidad genuina	82
3.6. Música, movimiento y emoción como catalizadores de la comprensión	84
3.7. Historias que despiertan neuronas: la pedagogía del relato	86
3.8. La visualización emocional como técnica para consolidar conocimientos.....	88
3.9. Laboratorios emocionales: espacios para experimentar el sentir en el aprender	89
3.10. Aprendizaje colaborativo desde la conexión afectiva entre pares	92

Capítulo 4: Reimaginar la educación desde la neuroemoción	97
4.1. La escuela como ecosistema emocional que moldea el futuro	101
4.2. Liderazgo docente consciente y emocionalmente coherente...	103
4.3. Redes neuronales colectivas: cómo la emoción compartida impulsa la innovación.....	105
4.4. Neurocultura educativa: hábitos emocionales que fortalecen comunidades de aprendizaje.....	107
4.5. Tecnología con alma: integrar herramientas digitales sin perder la conexión humana.....	109
4.6. Educación emocional intergeneracional: aprender junto a quienes sentimos.....	111
4.7. El aula como espacio terapéutico de crecimiento integral	112
4.8. Diseñar currículos sensibles al bienestar emocional	115
4.9. La alegría como estrategia pedagógica transformadora	116
4.10. Aprender a sentir para aprender a vivir: la nueva frontera educativa.....	118
Conclusiones	123
Referencias Bibliográficas	127

Introducción

La experiencia de aprender, en su núcleo más íntimo, es una danza constante entre el pensamiento y el sentimiento. Durante mucho tiempo, la educación formal ha privilegiado el primero, como si la cognición pudiera avanzar al margen del vasto y móvil paisaje emocional que la acompaña. Sin embargo, cada vez que un estudiante siente curiosidad, miedo ante un error o la calidez de sentirse comprendido, se activan complejos sistemas neurobiológicos que transforman la calidad y la permanencia del aprendizaje. Este libro nace de la convicción de que reconocer y honrar esta danza no es un lujo, sino la base para una pedagogía más profunda, más humana y verdaderamente transformadora.

Nos encontramos en un momento histórico donde el entendimiento científico del cerebro ofrece una claridad sin precedentes sobre estos procesos. Sabemos, por ejemplo, que los neurotransmisores moldean la dirección del pensamiento: la dopamina impulsa la curiosidad, la serotonina instala una calma propicia para la reflexión y la adrenalina prepara la mente para reaccionar con velocidad (Bolaños Cisneros, 2022). Comprendemos también el diálogo silencioso entre la amígdala, que reacciona con la inmediatez de la emoción, y la corteza prefrontal, que busca ofrecer un respiro reflexivo (Ortiz Baptista, 2023). Este conocimiento nos sitúa ante una pregunta apremiante: ¿cómo podemos diseñar experiencias educativas que, en lugar de ignorar esta química interna, la conviertan en nuestra aliada?

La justificación para este viaje es doble, académica y urgente. Por un lado, existe un corpus creciente de investigación que evidencia el vínculo indisoluble entre el mundo afectivo y los procesos cognitivos. Díaz Gómez (2024) nos recuerda que las experiencias cargadas de emoción fortalecen los trazos de la memoria, otorgándoles una permanencia especial. Por otro lado, las

aulas contemporáneas son microcosmos de una realidad social compleja, donde la atención se fragmenta y el bienestar emocional con frecuencia se resiente. Ignorar esta dimensión supone desaprovechar el motor más potente para el compromiso auténtico y el crecimiento integral de los estudiantes.

Los objetivos que guían esta obra son tan claros como ambiciosos. Aspiramos, en primer lugar, a tender un puente accesible entre los hallazgos de la neurociencia afectiva y la práctica docente cotidiana. Queremos ofrecer un mapa, no rígido sino sugerente, para comprender la base emocional del aprendizaje. En segundo lugar, nos proponemos desplegar un abanico de estrategias pedagógicas concretas, sustentadas teóricamente y narradas con cercanía, que permitan a los educadores cultivar climas de seguridad, despertar la curiosidad genuina y convertir cada interacción en una oportunidad para el desarrollo integral.

Para trazar este mapa, nos acompañan algunas preguntas fundamentales: ¿De qué maneras concretas los estados emocionales moldean la capacidad de atención, la memoria y la disposición para aprender? ¿Qué prácticas pueden convertir el aula en un ecosistema que nutra la confianza y la calma necesarias para que la mente florezca? ¿Cómo puede el docente modular su propio tono emocional y su lenguaje para crear conexiones profundas y seguras? Y, en un horizonte más amplio, ¿qué transformaciones requiere la cultura escolar para sostener este paradigma de una educación sensible y plenamente humana?

La estructura del libro ha sido diseñada como un recorrido progresivo, que avanza desde la intimidad del cerebro hasta la comunidad escolar en su conjunto. El primer capítulo, “La química de una emoción”, nos adentra en los fundamentos neurobiológicos, describiendo con un lenguaje evocador el papel de los neurotransmisores, la amígdala y la corteza prefrontal en la experiencia de aprender. Es la base que nos permite comprender

por qué ciertas prácticas tienen el efecto que tienen, sentando las bases de una mirada informada y respetuosa sobre el aprendizaje.

A partir de esta comprensión, el segundo capítulo, “El aula como paisaje afectivo”, se desplaza hacia el espacio concreto donde ocurre la educación. Aquí exploramos las herramientas prácticas para construir climas de confianza, donde el error se transforma en aprendizaje nutritivo y la escucha profunda teje vínculos sólidos. Nos detenemos en el poder del lenguaje docente, en las prácticas de atención plena y en la creación de ambientes multisensoriales que acogen al estudiante en su totalidad, tal como propone Marcano (2023) al hablar de espacios que despiertan una disposición afectiva más profunda.

Con los cimientos firmes, el tercer capítulo, “Estrategias para una pedagogía emocionalmente viva”, se sumerge en el repertorio metodológico. Invitamos a despertar la sorpresa, a activar la emoción antes del contenido, a emplear el juego, la narrativa y la música como catalizadores de la comprensión. Nos preguntamos, junto a Beltrán Sarabia (2024), por evaluaciones con sentido que midan el aprendizaje sin apagar la motivación intrínseca. Este capítulo es un arsenal de ideas para hacer que cada encuentro educativo vibre con intencionalidad afectiva.

El cuarto y último capítulo, “Hacia una escuela que siente: cultura y futuro”, amplía el foco para contemplar la institución en su totalidad. Reflexionamos sobre la escuela como un ecosistema emocional que moldea el futuro (Science Advance Journal, 2025), sobre el liderazgo docente coherente y sobre el diseño de currículos sensibles al bienestar. Contemplamos la tecnología con alma y reivindicamos, como lo hace Amaya (2024), la alegría como una estrategia pedagógica transformadora. Es una mirada hacia el horizonte de una educación que, en esencia, enseña a sentir para enseñar a vivir.

Este libro es, en definitiva, una invitación. Una invitación a observar con nuevos ojos los gestos cotidianos del aula, a escuchar el murmullo emocional que subyace a cada pregunta o silencio, y a emprender con confianza la tarea de cultivar espacios donde pensar y sentir avancen de la mano. No ofrece recetas definitivas, sino principios iluminadores y caminos posibles, narrados con la convicción de que la educación, cuando abraza la complejidad emocional de quienes aprenden, se convierte en el arte más noble: el de acompañar el florecimiento humano.

Capítulo 1:

**El cerebro emocional en acción: la
biología del sentir y aprender**

El interior de la mente humana es un paisaje en constante movimiento, donde cada experiencia educativa deja una huella íntima y transformadora. Comprender este territorio requiere una mirada que reconozca la profunda conexión entre lo que sentimos y lo que aprendemos. Este capítulo se aproxima a esa danza interna, describiendo los procesos a través de los cuales las emociones y las funciones neurobiológicas dan forma a nuestra capacidad de pensar, recordar y vincularnos con el conocimiento. Es un viaje hacia los fundamentos afectivos del aprendizaje, donde lo científico y lo vivencial se entrelazan para ofrecer una visión más completa de la experiencia educativa.

Cada pensamiento está bañado por una química sutil que modula su intensidad, dirección y coloración afectiva. Neurotransmisores como la dopamina, la serotonina y la adrenalina actúan como mensajeros íntimos, configurando desde un destello de curiosidad hasta la calma necesaria para reflexionar. Bolaños Cisneros (2022) interpreta estas reacciones como vías poderosas que convierten la experiencia afectiva en un motor para el aprendizaje, modificando la disposición mental y amplificando la atención. Este diálogo químico silencioso marca el ritmo de cada proceso mental, tejiendo asociaciones que impactan en la memoria y en la interpretación personal de lo que nos rodea.

Este paisaje bioquímico se organiza a través de una conversación permanente entre estructuras cerebrales con funciones complementarias. La amígdala y la corteza prefrontal mantienen un diálogo constante, una negociación entre la inmediatez de la reacción y la pausa reflexiva. Ortiz Baptista (2023) plantea que este equilibrio entre lo emocional y lo cognitivo fortalece la capacidad para orientarse en situaciones que demandan claridad, sin desvincularse de lo que se siente. Esta coordinación interna, a menudo imperceptible, guía decisiones y moldea la forma en que enfrentamos las actividades académicas, buscando un punto de encuentro entre el impulso y la ponderación.

En ocasiones, este sistema interno se activa intensamente, llevando al cerebro a un estado de alerta que puede sentirse como un cosquilleo o una tensión difusa. Este impulso, sin embargo, no es un obstáculo irrevocable; puede transitar hacia un foco sereno y sostenido. Sarango-Chillo (2024) señala que cuando las emociones encuentran un punto de equilibrio, la atención prolongada florece con mayor naturalidad. Se trata de un proceso de regulación, de transformar la alerta en una presencia útil que permite mantener la continuidad mental en tareas que exigen persistencia y conexión.

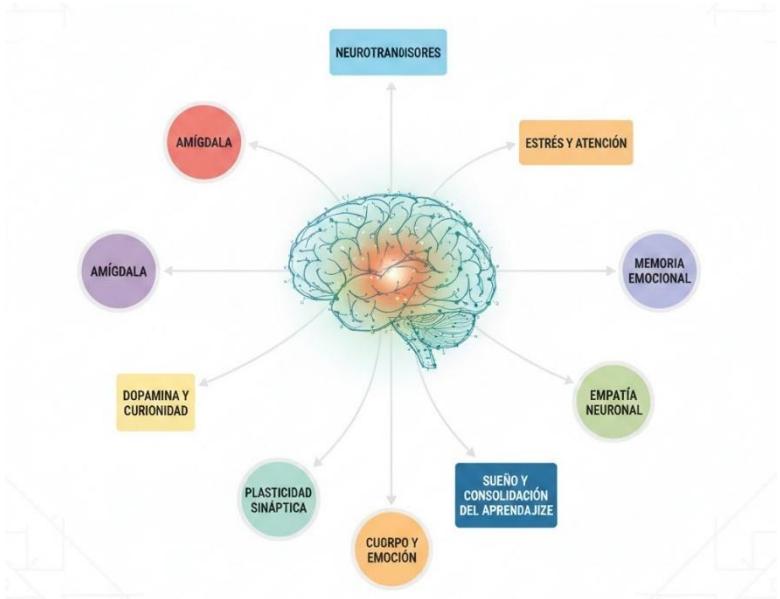


Figura 1. Neurociencia del aprendizaje

La huella de estas vivencias no se desvanece con facilidad; queda almacenada en una memoria que privilegia lo sentido sobre lo meramente registrado. Las experiencias cargadas de emoción fortalecen los trazos neuronales del recuerdo, otorgándoles una permanencia especial. Díaz Gómez (2024) indica que estas vivencias se conectan con la identidad personal, aportando

coherencia a la historia individual. Así, ciertos momentos del aprendizaje se instalan con una textura vívida, convertidos en recuerdos duraderos que iluminan y dan sentido al camino recorrido.

Uno de los motores más fértils para este proceso es la curiosidad, esa chispa dulce que invita a acercarse, a indagar y a persistir. Este impulso se asocia con la activación de circuitos dopaminérgicos que incrementan la motivación. Espinoza Jaramillo et al. (2025) destacan que este neurotransmisor favorece la disposición hacia experiencias educativas que capturan el interés, especialmente cuando involucran estímulos variados y multisensoriales. La curiosidad, entonces, deja de ser un momento pasajero para transformarse en una puerta afectiva que invita a avanzar y a comprometerse con la tarea.

Esta travesía de aprendizaje nunca es completamente solitaria; se enriquece con la capacidad de resonar con lo que otros viven. La empatía neuronal establece un puente invisible que nos permite sentir y comprender los esfuerzos, logros y frustraciones ajenas. Seoane Pinilla (2024) describe esta sintonía emocional como un fenómeno que fortalece la convivencia y otorga un matiz más humano a la comprensión académica. Es una conexión que promueve la cooperación y transforma el aula en un tejido emocional compartido, donde el conocimiento se construye en compañía.

La arquitectura misma que soporta estas experiencias es maleable, capaz de reformarse con cada vivencia significativa. La sinapsis y la plasticidad cerebral son las artesanas de esta reconfiguración permanente. Cuya Urbina (2021) explica que estas conexiones se modifican con la experiencia afectiva y cognitiva, dando lugar a transformaciones profundas en la manera de aprender. Cada nueva comprensión, cada instante de iluminación, habla de un cambio interno, de una estructura mental que se

reacomoda y expande, demostrando que la mente es un territorio en continua evolución.

Este complejo entramado no habita exclusivamente en el encéfalo; se expresa y se vive a través de la corporeidad. El cuerpo se convierte en un escenario donde las emociones se manifiestan con tensiones, relajaciones, cambios en la respiración y la postura. Cortés Picazo y Grinspan Siguelnitzky (2023) observan que estas manifestaciones físicas influyen directamente en la disposición para participar y vincularse con las actividades. Escuchar esta narratura corporal permite un acompañamiento más sensible, transformando el aprendizaje en una experiencia plenamente encarnada.

Todo este despliegue interno necesita de momentos de pausa y consolidación. El sueño y el descanso emocional actúan como espacios de reorganización silenciosa, donde lo vivido durante el día se teje y se afianza. Albán Angulo (2025) explica que un descanso adecuado favorece la integración de experiencias y fortalece los sistemas que manejan emoción y cognición. En la quietud nocturna, el conocimiento encuentra su hogar, preparando el terreno para que, al día siguiente, los ritmos cerebrales y los estados emocionales puedan converger en una concentración serena y potente, capaz de abrazar la complejidad de aprender.

1.1. La química de una emoción: cómo los neurotransmisores moldean el pensamiento

La química de una emoción puede sentirse como un pequeño incendio interno que cambia el rumbo del pensamiento sin pedir permiso. Cuando la dopamina se activa, algo parecido a un destello recorre la mente y empuja a seguir una idea con más brío, casi como si una chispa abrazara una intuición y la hiciera vibrar. Según se ha interpretado a partir de Bolaños Cisneros (2022), estas reacciones convierten la experiencia afectiva en una vía poderosa para aprender, ya que modifican la disposición mental y

amplifican la atención. Es un proceso silencioso, pero profundamente transformador.

La serotonina, por su parte, tiende a instalar una atmósfera cálida, un tipo de sosiego que permite respirar con más calma y ordenar pensamientos dispersos. Se siente como cuando uno encuentra un rincón tranquilo en medio de un día agitado: la mente respira, se acomoda y puede mirar las cosas con más suavidad. Desde una lectura inspirada en Bolaños Cisneros (2022), este equilibrio emocional amplifica la posibilidad de conectar ideas sin tensión excesiva. Es un químico que actúa sin estridencias, pero influye en la manera en que se percibe el entorno interno.

La adrenalina funciona distinto; casi despierta con un zarpazo. Eleva el pulso mental, enciende alertas y empuja a reaccionar con velocidad. Es una sensación eléctrica, parecida a cuando algo nos sorprende de golpe y el cuerpo se adelanta a lo que viene, aun sin tenerlo claro. En trabajos como el de Bolaños Cisneros (2022), se interpreta que esta activación prepara al estudiante para responder ante situaciones que requieren energía y enfoque repentino. No es agradable o incómoda por naturaleza; más bien es intensa y directa.

El cerebro se convierte en un escenario dinámico donde estos mensajeros químicos dialogan, chocan o se abrazan según la experiencia que se esté viviendo. Allí se tejen asociaciones que impactan en la memoria, en la manera de sentir un texto o en la disposición para enfrentar una actividad escolar. Bolaños Cisneros (2022) plantea que este entrelazamiento emocional-cognitivo moldea la experiencia educativa, pues cada emoción activa redes que orientan interpretaciones distintas. En esa mezcla, la mente aprende a darle sentido a lo vivido.

Una emoción no llega vacía: trae ritmo, imágenes, susurros. Hay días en que el pensamiento corre ligero, casi juguetón, porque los neurotransmisores trabajan como si fueran viento a favor; en

otros, pesa más la tensión y cada idea requiere un empujón extra. Desde la perspectiva inspirada en Bolaños Cisneros (2022), esta variabilidad da forma a la relación del estudiante con aquello que aprende, generando una conexión más viva cuando la experiencia emocional es significativa. Así, la química interna marca el andar de cada proceso mental.

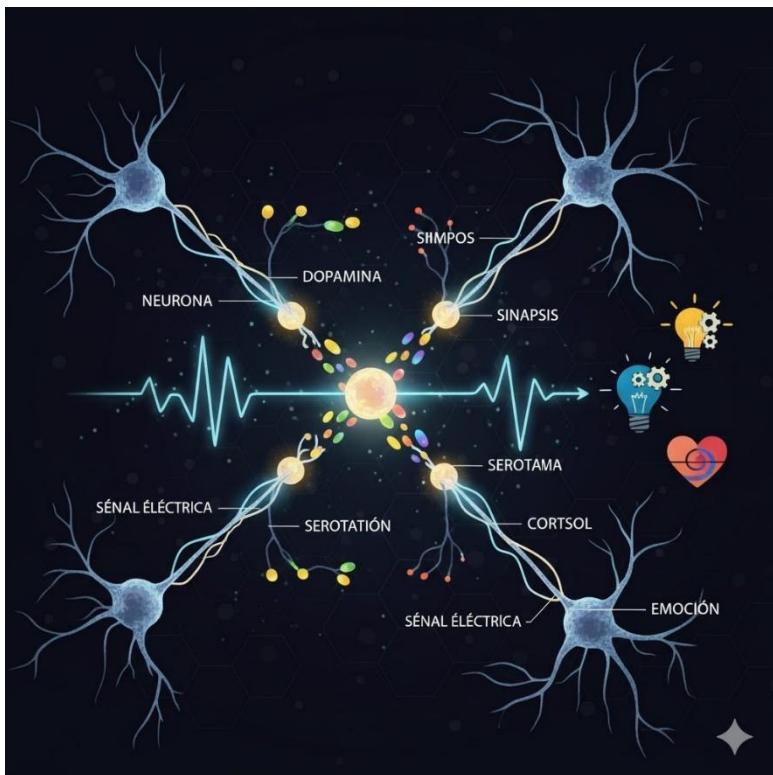


Figura 2. Neuroeducación y neurociencia afectiva

En el ámbito educativo, reconocer estas dinámicas abre un horizonte más humano. No se trata de procesos rígidos, sino de una danza entre sensaciones y significados que afectan la atención, el recuerdo y la interpretación personal. Cuando la emoción

acompaña, el contenido se vuelve más cercano, casi como si se iluminara desde dentro. Aludiendo a la visión presentada por Bolaños Cisneros (2022), este tipo de vínculo emocional potencia la apropiación del aprendizaje. Al final, aprender no es mecánico; es una experiencia que se siente, se respira y deja huellas profundas.

1.2. Amígdala y corteza prefrontal: el diálogo silencioso que decide el aprendizaje

La relación entre la amígdala y la corteza prefrontal puede sentirse como dos voces internas que negocian en silencio. Una reacciona con rapidez, casi con un golpe de energía que recorre el cuerpo cuando algo commueve o inquieta; la otra intenta ofrecer un respiro, una mirada más amplia para no dejarse llevar por ese impulso inicial. Este encuentro intangible guía decisiones y experiencias. Desde una lectura inspirada en Ortiz Baptista (2023), este equilibrio emocional-cognitivo fortalece la capacidad del estudiante para orientarse en situaciones que requieren claridad sin apagar lo que siente.

Cuando la amígdala se activa con fuerza, la experiencia interna se vuelve más intensa. El pecho puede apretarse un poco, la respiración cambia y los pensamientos buscan una salida rápida, casi como si todo se encendiera de golpe. En esos momentos, la corteza prefrontal procura ordenar ese torrente, ofreciendo pequeñas pausas para procesar lo que sucede. Tal como se interpreta en Ortiz Baptista (2023), esta regulación permite que el aprendizaje avance sin quedar atrapado en la reactividad emocional. Es un acto silencioso que cuida la estabilidad mental.

La corteza prefrontal se siente como un faro. No impone, no grita, pero ilumina. Ayuda a planificar, a sostener la atención cuando algo tiende a dispersarse, a elegir entre esa emoción que presiona y la opción que da más sentido al camino. Según se parafrasea de Ortiz Baptista (2023), esta función ejecutiva nutre la capacidad del estudiante para organizar pensamientos y mantener

un rumbo coherente, incluso cuando el ambiente interno se agita. Es un acompañamiento constante, casi afectuoso.

Este diálogo interno marca el ritmo de la experiencia educativa. Hay días en que la amígdala reacciona con más fuerza, y la mente parece un terreno movedizo donde cada detalle dispara una sensación distinta; en otros, la corteza prefrontal logra sostener un equilibrio que se siente como una brisa suave. Desde la interpretación de Ortiz Baptista (2023), esta interacción moldea la forma en que se toman decisiones y se consolidan aprendizajes. No es un proceso rígido, sino una relación que se adapta a las vivencias cotidianas.

En el aula, estas dos estructuras no están separadas del mundo emocional del estudiante; forman parte de su manera de mirar, de escuchar, de interpretar cada palabra del docente o cada tarea que tiene entre manos. Cuando la amígdala se siente en calma, la corteza prefrontal puede trabajar con más claridad, y el aprendizaje fluye con más libertad. Al parafrasear a Ortiz Baptista (2023), esta armonía apoya el desarrollo integral, pues permite que las funciones ejecutivas operen sin la interferencia del exceso de tensión.

Reconocer este diálogo puede cambiar la manera en que se vive la educación. No se trata de apagar la emoción, sino de permitir que encuentre un punto de encuentro con el razonamiento. Así, el pensamiento se vuelve más flexible, y la experiencia de aprender adquiere un matiz más humano. Ortiz Baptista (2023) plantea que esta coordinación fortalece la autonomía y la capacidad de organizar acciones con intención. Al final, el aprendizaje se siente más auténtico cuando emoción y reflexión se escuchan mutuamente, sin prisa y sin perder su propia esencia.

1.3. El cerebro en modo alerta: del estrés a la atención sostenida

Cuando el cerebro entra en modo alerta, se siente un cosquilleo interior que avanza sin pedir permiso. A veces es un nudo ligero en el estómago; otras, una vibración que recorre los brazos y pone todos los sentidos en tensión. Ese estado nace cuando algo inquieta o presiona, y de pronto la mente se llena de luces intensas. Según interpretaciones basadas en Sarango-Chillo (2024), este impulso emocional altera la atención inicial y condiciona la forma en que un niño enfrenta sus tareas. No es un enemigo, pero sí una fuerza que exige armonía para no ahogar la claridad.

El estrés se manifiesta con una energía desbordada que puede confundir. El corazón acelera un poco, los pensamientos vuelan sin orden y la respiración se vuelve irregular, casi traviesa. En ese instante, aprender se siente cuesta arriba. La atención se dispersa con facilidad, y cada estímulo se mezcla con el anterior. Sarango-Chillo (2024) señala que la reacción emocional intensa interfiere en la capacidad de sostener la concentración, especialmente en actividades escolares que requieren continuidad. Es un torbellino interno que necesita dirección para no perderse en sí mismo.

Sin embargo, el cerebro tiene la capacidad de pasar del sobresalto a un enfoque más sereno. Algo se ajusta dentro, como si una mano invisible organizara el ruido y dejara en primer plano lo esencial. Ese cambio no ocurre de golpe; va llegando con pequeños indicios de calma. Desde la perspectiva inspirada en Sarango-Chillo (2024), cuando las emociones encuentran un punto de equilibrio, la atención prolongada florece con más naturalidad. Es un tránsito que invita a recuperar el ritmo y sostenerlo sin tensión excesiva.

En medio de una actividad escolar, este proceso puede sentirse casi físico. La mirada se fija, los músculos se relajan y el pensamiento avanza con una cadencia más estable. La alerta se

transforma en una presencia útil, no invasiva, similar a un farol que guía sin deslumbrar. Sarango-Chillo (2024) plantea que esta regulación emocional permite mantener la continuidad mental en tareas que exigen persistencia, haciendo que el estudiante permanezca conectado con lo que realiza. Es una sensación de orden que acompaña sin imponer.

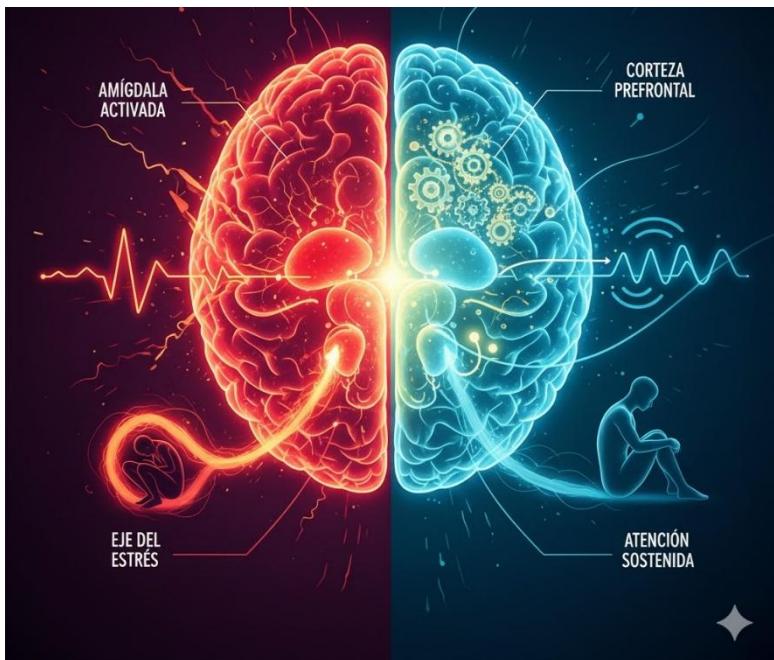


Figura 3. Estrés, emoción y atención

La atención sostenida no es una línea recta; oscila, respira, busca su lugar. A veces tiembla un poco, otras avanza con firmeza. Cada emoción que pasa deja una huella, un matiz que influye en la disposición para aprender. Desde interpretaciones de Sarango-Chillo (2024), esta variabilidad emocional abre puertas o las cierra según el clima interno del niño. Cuando predomina un estado más

equilibrado, la mente encuentra la fuerza para mantenerse en la tarea sin desgastarse. Es una especie de pacto entre sentir y pensar.

Comprender este vaivén no significa apagar la alerta, sino transformarla en aliada. El cerebro aprende mejor cuando no pelea con sus propias sensaciones, cuando la tensión se canaliza y no domina. La educación se vuelve entonces un territorio más amable, donde el estudiante puede habitar su experiencia sin ahogarse en la presión. Parafraseando a Sarango-Chillo (2024), el manejo emocional favorece la continuidad atencional y fortalece el proceso formativo. Al final, aprender se vuelve más profundo cuando el interior encuentra un ritmo que acompaña, en lugar de bloquear.

1.4. La memoria afectiva como motor del recuerdo duradero

La memoria afectiva se mueve como un susurro que vuelve cuando menos se espera. Un olor, una frase, un gesto... y algo dentro responde con una calidez que no se puede fingir. Esas huellas que el corazón deja en la mente suelen quedarse más tiempo que cualquier dato frío. Según interpretaciones basadas en Díaz Gómez (2024), las experiencias cargadas de emoción fortalecen los engramas y dan firmeza al recuerdo. Por eso ciertos momentos escolares permanecen intactos mientras otros se desvanecen. La emoción se convierte en una tinta resistente que no se borra con facilidad.

A veces, un recuerdo se siente tan vivo que parece tener textura. Regresa con un color, con un sonido, con una vibración que hace cosquillas en la memoria. No llega como un simple archivo; llega como una escena completa que envuelve. En trabajos como el de Díaz Gómez (2024), se plantea que esta riqueza sensorial está ligada a la actividad del hipocampo, que integra experiencia afectiva y significado personal. Así, lo vivido con intensidad adquiere una permanencia especial. Algo dentro se ancla y se niega a marcharse.

En la escuela, estas marcas emocionales pueden cambiar la experiencia del aprendizaje. Un docente que acompaña con empatía, una actividad que despierta entusiasmo o una conversación que toca fibras profundas se transforman en recuerdos duraderos. Desde una lectura inspirada en Díaz Gómez (2024), estas vivencias se conectan con la identidad y aportan coherencia a la historia personal. No se trata de acaparar información, sino de permitir que lo aprendido encuentre un lugar propio dentro del estudiante. Allí, el recuerdo se fortalece.

La memoria afectiva también carga con matices más complejos. Hay emociones que pesan, que duelen un poco, pero que aun así se entrelazan con los recuerdos y los vuelven imborrables. Una experiencia difícil puede quedarse resonando durante años, moldeando la forma de interpretar situaciones futuras. Parafraseando a Díaz Gómez (2024), estas huellas se comportan como rastros flexibles pero tenaces, capaces de influir en la manera en que las personas organizan sus historias. No desaparecen; se transforman y siguen hablando.

Con frecuencia, el recuerdo afectivo actúa como un puente. Une etapas, conecta rostros, ilumina aprendizajes que quizá parecían olvidados. Ese puente funciona gracias a la intensidad del sentir, que mantiene viva la memoria y la vuelve útil. Según interpretaciones de Díaz Gómez (2024), este vínculo emocional entre pasado y presente alimenta la conciencia autonoética, permitiendo que el individuo se reconozca en lo que vivió. La emoción, en este sentido, es un hilo conductor que da continuidad y sentido al camino.

Cuando hablamos de memorias que perduran, al final siempre volvemos a aquello que nos tocó el alma. No importa cuánto tiempo haya pasado; lo que se sintió con fuerza se instala como una presencia amable o inquietante, pero persistente. En la educación, reconocer ese poder emocional abre una puerta hacia un aprendizaje más humano y profundo. Díaz Gómez (2024)

destaca la importancia de estas huellas vividas, pues moldean identidad y comprensión personal. Así, recordar deja de ser una tarea mecánica y se convierte en un acto que vibra y acompaña.

1.5. Curiosidad y recompensa: dopamina en el aula

La curiosidad aparece como un pequeño temblor dulce que despierta la mente y la invita a acercarse un poco más. En el aula, esa sensación se enciende cuando algo capta la atención y hace que el pecho se abra con un interés casi travieso. La dopamina actúa entonces como un impulso cálido que impulsa a seguir, a querer entender, a mantenerse cerca de aquello que provoca esa chispa. Según interpretaciones basadas en Espinoza Jaramillo, Neira Suqui y Benuciglo Romero (2025), este neurotransmisor incrementa la motivación y favorece la disposición hacia experiencias educativas que atrapan.

A veces la curiosidad entra como una pregunta que roza la piel y no se va. El estudiante siente un cosquilleo mental que lo invita a mirar desde otro ángulo, a prestar atención a detalles que antes pasaban de largo. Cuando la dopamina circula, el aprendizaje parece tener un brillo distinto, casi como si cada idea se iluminara desde dentro. Desde la lectura inspirada en los autores de 2025, este proceso da forma a un compromiso más vivo con la tarea, principalmente cuando la experiencia involucra estímulos variados que conectan con el sentir.

En ciertas actividades del aula, el cuerpo mismo reacciona: la respiración se aligera, los ojos se afinan, la postura cambia. Es la emoción mezclada con la expectativa lo que impulsa este movimiento interno. En palabras parafraseadas de Espinoza Jaramillo, Neira Suqui y Benuciglo Romero (2025), la combinación de estímulos multisensoriales puede despertar esta respuesta dopamínérgica, haciendo que el estudiante perciba el aprendizaje como un terreno fértil y atractivo. Allí, la curiosidad deja de ser pasajera y se vuelve una puerta que invita a avanzar.

Cuando el aula se convierte en un espacio que acoge esta búsqueda, la dopamina funciona como un acompañante invisible. No controla, pero sí anima. Empuja con suavidad, como un viento que favorece el rumbo hacia actividades que conectan emoción y descubrimiento. Los autores de 2025 destacan que la gamificación con estímulos variados incrementa esta sensación de bienestar, abriendo paso a una participación más espontánea. Así, cada logro, por pequeño que sea, se siente como un paso que nutre el deseo de seguir aprendiendo.

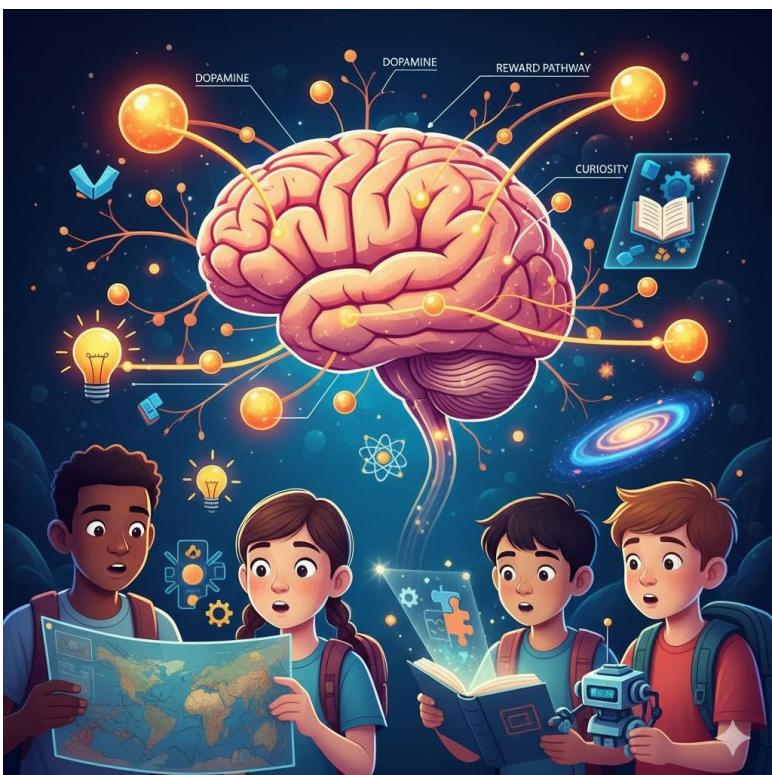


Figura 4. Dopamina, curiosidad y aprendizaje

La curiosidad también se expresa en pequeños gestos: un ceño ligeramente fruncido, una sonrisa que aparece sin aviso, un silencio que no duele porque está lleno de atención. Esa mezcla de sensaciones despierta la dopamina y fortalece el impulso por continuar. En interpretaciones basadas en el artículo del 2025, esta dinámica contribuye a la creatividad del estudiante, pues activa rutas mentales más flexibles y receptivas. La curiosidad, acompañada de recompensa emocional, se vuelve entonces un motor que sostiene y alimenta el proceso educativo.

Al final, lo que permanece es esa sensación cálida de satisfacción cuando una pregunta obtiene respuesta o cuando una idea abre otra más grande. Es un eco que se queda en el cuerpo, un pequeño triunfo íntimo que impulsa a buscar nuevas experiencias. Parafraseando a Espinoza Jaramillo, Neira Suqui y Benuciglo Romero (2025), esta activación dopaminérgica permite que el aprendizaje se convierta en una vivencia que se desea repetir. La curiosidad deja de ser un antojo momentáneo y se transforma en un camino afectivo que abraza y guía.

1.6. Empatía neuronal: cómo sentimos lo que otros aprenden

La empatía neuronal se siente como un murmullo que atraviesa el cuerpo cuando observamos a alguien aprender. Hay un algo que vibra al ver a otra persona esforzarse, descubrir, emocionarse o frustrarse. Esa corriente interior no aparece por casualidad; responde a circuitos que conectan nuestras propias sensaciones con las ajenas. Según una lectura inspirada en Seoane Pinilla (2024), esta capacidad emocional se sostiene en un entramado que facilita la resonancia afectiva y permite comprender lo que el otro vive. Es como si el aprendizaje ajeno tocara fibras que también hablan dentro de nosotros.

En el aula, este fenómeno se hace más evidente. Basta observar a un compañero levantar la mano con cierta inseguridad o

escuchar su tono al explicar una idea para que algo dentro responda. El cuerpo se alinea: la mirada, el gesto, la respiración. Desde la interpretación de Seoane Pinilla (2024), esta sintonía emocional fortalece la convivencia y abre caminos para que la comprensión académica tenga un matiz más humano. No se trata de copiar emociones, sino de reconocerlas y dejar que guíen una interacción más cercana y respetuosa.

A veces basta con una sonrisa tímida para sentir ese vínculo, o con un comentario que revela esfuerzo genuino. La empatía neuronal sostiene estos momentos, creando un espacio donde aprender se vuelve menos frío y más compartido. En palabras parafraseadas de Seoane Pinilla (2024), este tipo de conexión emocional promueve actitudes de cooperación y sensibilidad hacia lo que sienten los demás, algo fundamental para construir relaciones educativas más equitativas. Allí, cada persona deja de ser un observador solitario y pasa a formar parte de un tejido emocional común.

La experiencia de aprender junto a otros también deja una marca en la memoria. Ver a alguien luchar por comprender un tema puede despertar un impulso de apoyo o incluso recordar sensaciones propias de cuando uno estuvo en ese mismo lugar. Según interpretaciones basadas en el trabajo de 2024, esta resonancia afectiva fortalece la cohesión del grupo y favorece que las emociones circulen sin generar distancia. La empatía no busca protagonismo; se despliega con suavidad, casi sin ser notada, pero sosteniendo el clima que hace posible un aprendizaje más amable.

En ocasiones, la empatía se activa con fuerza ante una emoción intensa. Un compañero decepcionado, un docente entusiasta, un gesto de alivio tras resolver un problema... todo eso impacta y contagia. La mente y el cuerpo responden con una sincronía que sorprende. Desde lo planteado por Seoane Pinilla (2024), esta capacidad de resonar emocionalmente tiene también un impacto formativo, pues ayuda a integrar valores y actitudes que

dan forma al modo de vincularse con otros. Aprender no ocurre en aislamiento; siempre respira en compañía.

Por eso, cuando hablamos de empatía neuronal, hablamos de un puente invisible que nos acerca. Un puente que se activa con miradas, silencios, expresiones pequeñas, pero llenas de sentido. En una lectura inspirada en el texto del 2024, este fenómeno contribuye a una convivencia más sensible y a un aprendizaje que se nutre de la presencia afectiva de los demás. Al final, sentir lo que otro vive mientras aprende nos recuerda que el conocimiento no es un viaje individual: es un trayecto compartido donde cada emoción se entrelaza con otras y da forma a un mundo más humano.

1.7. Sinapsis y plasticidad: el arte de reconfigurar la mente

La sinapsis se siente casi física, una especie de chispa íntima que conecta ideas y sensaciones mientras la mente intenta entender el mundo. Cada vez que algo nuevo sorprende o commueve, este puente microscópico se fortalece un poco más, creando rutas que antes no existían. Según una lectura inspirada en Cuya Urbina (2021), estas conexiones se modifican con la experiencia afectiva y cognitiva, dando lugar a transformaciones profundas en la manera de aprender. Es un acto silencioso, pero lleno de vida, que va moldeando el interior sin prisa y con una delicadeza que commueve.

La plasticidad cerebral recuerda a un terreno húmedo que acepta nuevas huellas sin resistencia. Un gesto amable, una actividad que despierta interés o una palabra que toca emociones modifica ese suelo interno y permite que nuevas rutas se formen. Desde la interpretación del trabajo de 2021, esta capacidad de adaptarse es una pieza esencial para el aprendizaje significativo, pues cada vivencia se convierte en herramienta para reorganizar patrones mentales. La mente, en esta danza, respira, se ajusta y encuentra caminos insospechados para avanzar.

En el aula, la plasticidad se percibe cuando un estudiante logra comprender algo que antes parecía inaccesible. De pronto, el rostro se ilumina, la postura cambia y una serenidad cálida aparece. Ese instante habla de un cambio interno, de una estructura que acaba de reacomodarse. Parafraseando a Cuya Urbina (2021), la interacción social y las emociones intervienen directamente en estas modificaciones sinápticas, haciendo del aprendizaje una experiencia profundamente humana. Cada conexión nueva es un pequeño triunfo que deja un eco duradero.

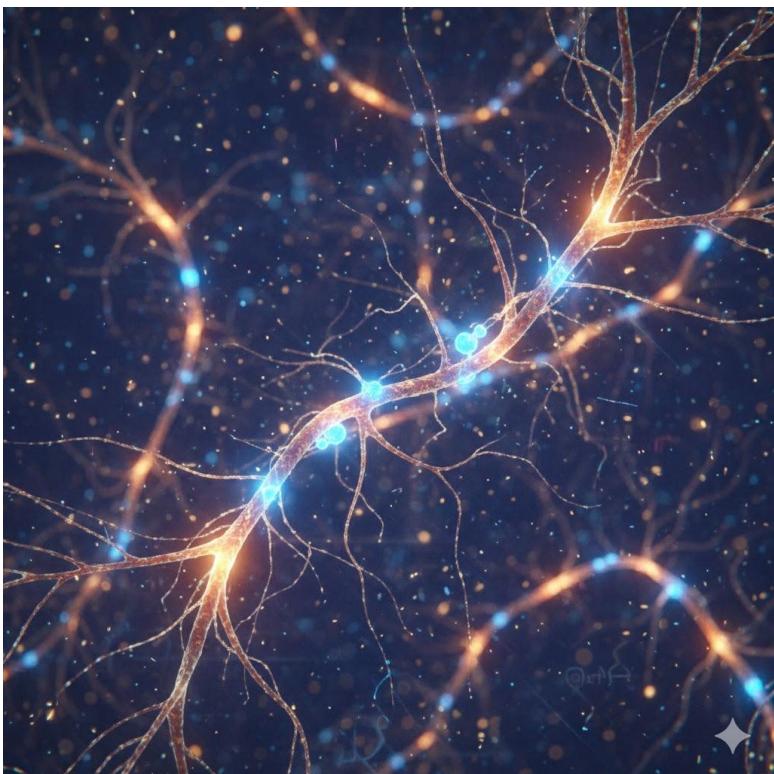


Figura 5. Plasticidad neuronal y aprendizaje

Las emociones desempeñan un papel determinante en esta reconfiguración. Cuando una experiencia toca fibras sensibles, la sinapsis se fortalece con más firmeza, dejando una marca que acompaña durante mucho tiempo. Interpretando el aporte de 2021, este vínculo entre sentir y aprender impulsa la consolidación de redes internas más estables. Esa sensación de permanencia no se logra con ejercicios mecánicos, sino con vivencias que despiertan movimiento interior. El cerebro se abre, se expande y transforma lo que parecía rígido.

A veces, un cambio sináptico puede sentirse casi como un suspiro profundo: algo se acomoda, algo encuentra su sitio. El pensamiento deja de tropezar y fluye con una naturalidad recién conquistada. Desde la mirada inspirada en Cuya Urbina (2021), estas modificaciones no dependen únicamente de estímulos externos, sino también de la participación activa del estudiante en su proceso emocional y cognitivo. Cada avance, incluso pequeño, es una señal de que la mente sigue siendo flexible y capaz de renovarse.

Al final, la sinapsis y la plasticidad forman un dúo que sostiene la posibilidad de reinventarse. Son artesanas silenciosas que trabajan mientras se siente, se aprende y se vive. Parafraseando el trabajo de 2021, estas funciones permiten que la experiencia educativa se convierta en un proceso continuo de reconfiguración, donde cada emoción abre la puerta a un nuevo modo de comprender. La mente, entonces, deja de ser un espacio fijo y se convierte en un territorio capaz de transformarse una y otra vez.

1.8. El cuerpo como escenario emocional del aprendizaje

El cuerpo guarda historias que no siempre se dicen con palabras. A veces es un temblor ligero en las manos, otras un nudo que recorre la garganta o una energía tibia que se expande por el pecho. Todo eso también aprende. Cada sensación va marcando la

manera en que uno se acerca a una tarea, a una explicación, a una mirada del docente. Según interpretaciones basadas en Cortés Picazo y Grinspun Siguelnitzky (2023), las emociones se expresan físicamente de modos muy variados, y esa corporeidad influye en la disposición para participar y conectarse con lo que ocurre en el aula.

En ocasiones, el cuerpo reacciona antes que el pensamiento. Un gesto inesperado del profesor, una dinámica grupal intensa o un comentario que toca fibras profundas pueden despertar movimientos internos que empujan hacia la apertura o hacia el retramiento. Desde la lectura del trabajo de 2023, esta presencia emocional se manifiesta en tensiones musculares, cambios en la respiración o variaciones en la postura, todo lo cual afecta la relación con el aprendizaje. Allí, el cuerpo se convierte en un narrador sincero que revela lo que la mente a veces calla.

El aprendizaje, entonces, no sucede únicamente en la cabeza. Se mueve a través de la piel, del ritmo cardíaco, de la forma en que los pies se apoyan en el suelo. Algunas experiencias traen una vibración suave que anima a continuar; otras generan una presión incómoda que invita a apartarse. Parafraseando a Cortés Picazo y Grinspun Siguelnitzky (2023), los docentes reconocen que estas manifestaciones influyen en la manera en que los estudiantes se vinculan emocionalmente con las actividades artísticas. Ese reconocimiento abre puertas para un acompañamiento más sensible.

Cuando el cuerpo se siente acogido, el aprendizaje fluye con más naturalidad. Basta sentir un espacio seguro, un trato cercano o una explicación que conecte con lo vivido para que la musculatura se relaje y la respiración encuentre un ritmo más amplio. Desde la interpretación del estudio de 2023, esta armonía corporal facilita la expresión personal y fortalece el vínculo con la actividad educativa. El estudiante se percibe presente, habitando

plenamente ese instante, sin tensión que lo aparte de su propio proceso.

También hay momentos en los que la emoción intensifica la presencia física. El entusiasmo acelera la mirada, la sorpresa endereza la espalda, y la frustración se clava como un peso en el estómago. En palabras inspiradas en Cortés Picazo y Grinspan Siguelnitzky (2023), estas expresiones no son obstáculos, sino señales que permiten comprender el mundo interno del estudiante y ajustar la experiencia pedagógica. La corporeidad se convierte en un espejo donde docentes y alumnos reconocen lo que sienten.

Al final, el cuerpo actúa como un escenario donde cada emoción deja una huella. No se trata de controlar cada gesto, sino de escuchar lo que se mueve dentro y permitir que esa percepción guíe una relación más humana con el aprendizaje. Parafraseando el estudio de 2023, la corporalidad emocional ofrece claves valiosas para enriquecer la interacción educativa y dar espacio a expresiones más auténticas. Así, el aprendizaje se vuelve una experiencia encarnada, donde sentir y pensar avanzan juntos.

1.9. La influencia del sueño y el descanso emocional en la consolidación del saber

Cuando el día termina y los pensamientos comienzan a bajar la intensidad, algo en el cuerpo pide una pausa que va más allá del cansancio físico. Es esa necesidad de apagar el ruido para que las emociones encuentren un sitio donde acomodarse. En ese espacio de calma, el aprendizaje adquiere un tono más profundo, como si las experiencias del día se ordenaran sin prisa. De acuerdo con interpretaciones del trabajo de Albán Angulo (2025), la falta de descanso altera estos procesos internos y limita la capacidad de fijar recuerdos significativos.

Hay noches en que la mente parece una habitación desordenada. Todo está ahí, pero nada encuentra su lugar. El

descanso emocional actúa como una luz tenue que ayuda a reorganizar ese caos sin presiones, invitando al cuerpo a sentirse más ligero. Según lo parafraseado del estudio de 2025, cuando el sueño se ve interrumpido o reducido, la memoria se vuelve más frágil y la atención pierde firmeza. Es como querer construir algo con piezas que aún no terminan de encajar.

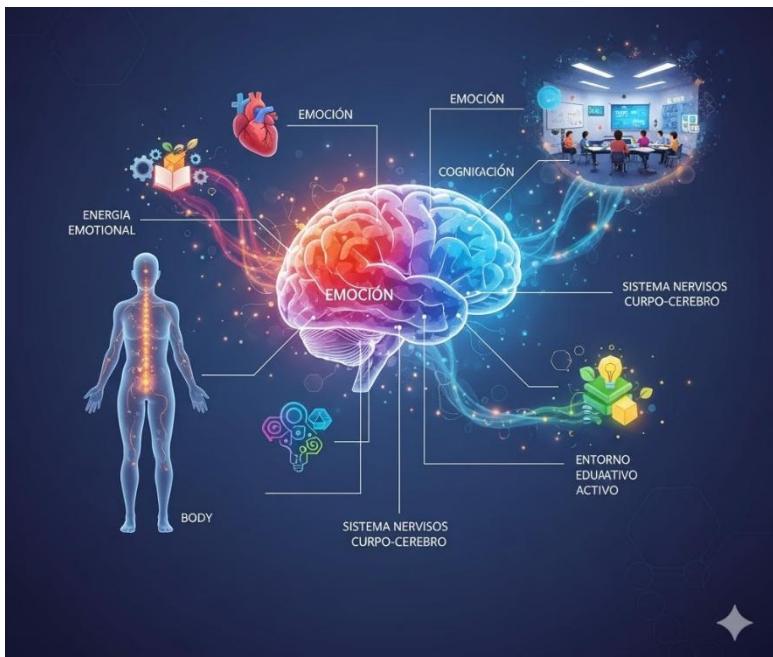


Figura 6. *Influencia del sueño y el descanso emocional*

Durante el sueño profundo, el cerebro trabaja con una energía silenciosa. Revive sensaciones, repasa movimientos, casi como si tejiera una manta donde se entrelazan recuerdos, emociones y aprendizajes del día. Esa actividad interna fortalece lo que se ha vivido y da forma a nuevas comprensiones. Desde la lectura del análisis de Albán Angulo (2025), se entiende que este proceso nocturno influye directamente en la capacidad de retener

información y regular los estados emocionales en la jornada siguiente.

Hay una tranquilidad especial que llega cuando uno se permite descansar sin culpas. Sentir la almohada hundirse bajo la cabeza o el aire fresco rozar la piel puede convertirse en una experiencia sanadora. Ese bienestar se filtra en la manera en que aprendemos al día siguiente. Parafraseando el estudio de 2025, un descanso insuficiente altera el equilibrio emocional, lo que dificulta enfrentar actividades que requieren concentración o sensibilidad. El aprendizaje se vuelve más pesado cuando el cuerpo está agotado.

También sucede que, al descansar bien, hasta las ideas parecen tener otro brillo. Es como si las palabras que antes costaba pronunciar salieran más claras, y los pensamientos encontraran un rumbo más estable. Albán Angulo (2025) señala —según interpretación— que el sueño adecuado favorece la integración de experiencias, fortaleciendo los sistemas que manejan emoción y cognición. Así, lo aprendido durante el día se sostiene con más firmeza en la memoria.

Al final, dormir no es un lujo; es una forma de darle espacio al cuerpo para sanar y a la mente para respirar. Cada noche bien cuidada abre una puerta para que el saber se afiance y las emociones mantengan su equilibrio. Desde la lectura del estudio de 2025, puede entenderse que un descanso profundo mejora el rendimiento cognitivo y emocional, lo que transforma la experiencia de aprender. En ese silencio nocturno, el conocimiento se asienta y encuentra su propio hogar.

1.10. Ritmos cerebrales y estados emocionales que potencian la concentración

A veces la mente parece un instrumento musical que necesita afinarse antes de concentrarse. Hay días en los que todo suena disperso, y otros en los que cada pensamiento encuentra su

compás. Los ritmos cerebrales participan en ese vaivén, marcando cadencias que acompañan la forma en que sentimos y aprendemos. Desde una lectura interpretada del estudio de Canga León y colegas (2025), se entiende que ciertas prácticas pedagógicas pueden favorecer estados internos más estables, permitiendo que la atención se sostenga sin tanta tensión.

Cuando logramos entrar en un estado emocional sereno, la concentración se vuelve más amable. Nada presiona, nada empuja, y aun así la mente avanza. Es una sensación parecida a caminar por un sendero donde el ruido del mundo se queda atrás. Según se desprende del trabajo de 2025, estas condiciones emocionales fortalecen la memoria y mejoran el ritmo interno que organiza la información. En ese equilibrio, incluso las ideas difíciles se sienten más cercanas.

Hay momentos en los que el cerebro se mueve rápido, y otros en los que baja el pulso interno para dar espacio a un pensamiento más profundo. Esa danza de energías define la calidad de lo que aprendemos. De acuerdo con la interpretación del artículo citado, cuando se aplican estrategias desde la neuroeducación, los estudiantes logran involucrarse con mayor fluidez en las tareas, como si un hilo invisible guiara su atención. El cuerpo entero acompaña ese movimiento interno.

La emoción también interviene en esta armonía. Un gesto amable, una consigna clara o una experiencia significativa pueden cambiar el ritmo mental de forma inmediata. El estudio de 2025 indica —de manera parafraseada— que los estados afectivos positivos facilitan la activación de procesos cognitivos ligados a la concentración. Y uno lo percibe en carne propia: cuando algo nos hace sentir bien, la mente se queda más tiempo, observa con más cuidado y guarda con más facilidad.

A veces basta una respiración profunda para que el ritmo cerebral se acomode. Es como si el aire ayudara a ordenar los

pensamientos dispersos. Los investigadores mencionados en 2025 resaltan, según lectura interpretativa, que ciertas técnicas de regulación emocional influyen en la atención sostenida y permiten que la memoria trabaje con menos desgaste. En la práctica cotidiana, se siente como un alivio: aprender deja de ser una tarea pesada y se convierte en un trayecto más llevadero.

Todo esto invita a reconocer que los ritmos internos no son caprichosos; responden a lo que sentimos, a lo que pensamos y a lo que vivimos mientras aprendemos. Cuando logramos atender esas señales, la concentración adquiere un brillo distinto. El trabajo de Canga León et al. (2025) muestra —en versión parafraseada— que una enseñanza que cuida el estado emocional puede transformar la capacidad de enfocarse. Y ese gesto, casi imperceptible, abre puertas para un aprendizaje más profundo y humano.

Tabla 1
Fundamentos Neurobiológicos del Aprendizaje Emocional

Componente Neurobiológico	Impacto en la Experiencia de Aprendizaje
Neurotransmisores (e.g., dopamina, serotonina, adrenalina). Basado en interpretaciones de Bolaños Cisneros (2022), estos mensajeros químicos moldean la dirección, intensidad y calidad del pensamiento, activando desde la curiosidad hasta la calma reflexiva o la alerta.	La actividad neuroquímica convierte la experiencia afectiva en una vía poderosa para aprender, modificando la disposición mental y amplificando la atención. Esta dinámica interna genera una conexión más viva con el contenido cuando la experiencia emocional es significativa (Bolaños Cisneros, 2022).

Componente Neurobiológico	Impacto en la Experiencia de Aprendizaje
<p>Diálogo Amígdala-Corteza Prefrontal. Interpretaciones basadas en Ortiz Baptista (2023) describen esta relación como una negociación entre la reactividad emocional inmediata y la regulación cognitiva que ofrece perspectiva y calma.</p>	<p>Este equilibrio emocional-cognitivo fortalece la capacidad del estudiante para orientarse en situaciones que requieren claridad sin desvincularse de lo que siente. La regulación resultante permite que el aprendizaje avance sin quedar atrapado en la reactividad, apoyando la organización del pensamiento y la toma de decisiones coherente (Ortiz Baptista, 2023).</p>
<p>Memoria Afectiva y Plasticidad Sináptica. Interpretaciones de Díaz Gómez (2024) y Cuya Urbina (2021) destacan que las experiencias cargadas de emoción fortalecen los trazos de la memoria y que las conexiones neuronales se modifican con la vivencia afectiva.</p>	<p>Las experiencias emocionales generan recuerdos duraderos y privilegiados, actuando como una "tinta resistente". Paralelamente, la plasticidad cerebral permite que cada vivencia significativa reconfigure patrones mentales, haciendo del aprendizaje un proceso continuo de transformación interna donde emoción y cognición se entrelazan (Cuya Urbina, 2021; Díaz Gómez, 2024).</p>

Fuente: Elaboración propia

Capítulo 2:

**La escuela emocionalmente
inteligente: educar desde el sentir**

Transitar por una jornada educativa implica mucho más que la transferencia de contenidos; es una experiencia colectiva que se teje con estados de ánimo, silencios elocuentes y encuentros que pueden transformar la disposición para aprender. Este capítulo se adentra en el territorio práctico y afectivo del aula, ofreciendo una visión sensible sobre las estrategias que permiten construir espacios donde la mente se sienta acogida, la emoción encuentre un lenguaje y el aprendizaje florezca de manera más natural. Es una invitación a reconocer el poder transformador de las interacciones humanas en el proceso educativo, iluminando caminos para una pedagogía más consciente y cercana.

Todo comienza con la atmósfera que respiramos al cruzar la puerta del salón, un aire que puede sentirse pesado o ligero, tenso o sereno. Crear un clima de calma y confianza es un acto fundacional que depende, en gran medida, de la presencia emocional del docente. Cayambe Gordillo et al. (2024) plantean que el educador moldea esta serenidad a través de su propia gestión afectiva, generando interacciones más receptivas. Cuando el aula transmite seguridad, las defensas internas se desvanecen y se abre un espacio donde la curiosidad puede levantarse sin temor, como una planta que busca la luz.

Esta atmósfera se nutre profundamente del lenguaje que empleamos, de las palabras que elegimos para nombrar, acompañar y orientar. El lenguaje emocional del docente funciona como una brújula que orienta el ánimo y abre puertas cognitivas que de otro modo permanecerían cerradas. Cayambe Gordillo et al. (2024) destacan que las palabras cargadas de calidez fortalecen los vínculos y generan un clima donde la mente se atreve a participar. Una frase bien dicha, emitida con una voz tranquila, puede transformar la energía de toda la clase, ordenando lo que parecía disperso.

En este entorno de confianza, incluso los tropiezos adquieren un valor distinto. El error deja de ser una piedra de

tropiezo para convertirse en un terreno fértil si se acompaña con cercanía. Navarrete Contreras (2025) señala que el bienestar emocional influye directamente en el rendimiento cognitivo. Cuando el docente recibe la equivocación sin dureza, con una mirada amable, la mente del estudiante deja de defenderse y empieza a abrirse, transformando la confusión en una curiosidad tranquila que invita a recomenzar.



Figura 7. La escuela emocionalmente inteligente: educar desde el sentir

Este proceso de acompañamiento se sostiene en gran medida por la capacidad de escuchar de manera profunda y auténtica. La escucha empática implica más que oír palabras; requiere acompañar la respiración y ofrecer un espacio donde cada persona se sienta tratada con dignidad. Duarte (2024) menciona que esta actitud transforma los vínculos humanos. En el aula, cuando alguien se siente realmente oído, su mundo interno se

ordena, el grupo respira diferente y las interacciones se vuelven menos defensivas, más dialogantes.

Una herramienta poderosa para cultivar esta calma interna y colectiva son las prácticas de atención plena, que llegan al aula como una brisa que ordena el caos cotidiano. Estas micro-pausas, que invitan a sentir la respiración o percibir el cuerpo, devuelven al estudiante a un lugar de sostén cuando las emociones se agolpan. Cedeño Solórzano y Chong Cruz (2022) reconocen que la calma mental favorece el rendimiento académico, y se nota cuando el ambiente se suaviza y las mentes se abren con menos resistencia.

Este camino conduce de manera natural a la autorregulación, un aprendizaje íntimo que permite al estudiante tomar las riendas de lo que siente para dar paso a formas más claras de pensar. Mora Guerrero et al. (2023) subrayan que estas habilidades emocionales se convierten en cimientos que sostienen la organización mental. Es un movimiento constante, como aprender a caminar en un terreno flexible, que transforma el vínculo del estudiante con su propia mente y favorece la concentración y la toma de decisiones.

El entorno físico también habla, y puede ser diseñado para acariciar los sentidos y despertar una disposición afectiva más profunda. Los ambientes multisensoriales, con luz, color y sonidos cuidados, no son meros adornos; son detalles que abren un respiro emocional. Marcano (2023) afirma que integrar sistemas sensoriales favorece una experiencia más significativa. El estudiante siente que el aula se acomoda a él, generando un bienestar que acompaña positivamente las tareas cognitivas.

Dar vida al contenido a través de la narrativa emocional es otra forma de tender puentes. Cuando una disciplina se cuenta con una voz que transmite presencia, las ideas respiran diferente, más cerca de la experiencia vivida que de la repetición abstracta. Rivera Montenegro et al. (2024) destacan que los relatos fortalecen el

vínculo afectivo y facilitan la participación activa. Un ejemplo narrado con sensibilidad puede iluminar zonas del conocimiento que parecían lejanas, despertando curiosidad y empatía.

Todos estos hilos se tejen en la cultura diaria a través de pequeños rituales de empatía y en la figura del docente como modulador emocional. Gestos simples, como un saludo atento o una pausa para preguntar cómo se encuentran todos, transforman la atmósfera. García y Páez (2022) indican que la empatía reduce tensiones y favorece la armonía. El docente, al regular su propio estado y responder con sensibilidad, se convierte en un faro de estabilidad. Cayambe Gordillo et al. (2024) destacan esta gestión afectiva como un pilar para una cultura escolar más saludable, donde el aprendizaje se convierte en un encuentro auténtico y compartido.

2.1. Crear climas de aula que respiran calma y confianza

Crear un clima de aula que respire calma tiene algo de arte y algo de mirada humana. A veces basta con entrar y sentir que el aire no pesa, que las voces no hieren y que el tiempo avanza sin empujones. Los estudiantes perciben esa atmósfera con más rapidez de lo que creemos; lo notan en los gestos, en el tono y en la manera en que les damos la bienvenida. Desde una lectura interpretada del trabajo de Cayambe Gordillo y colegas (2024), este ambiente depende mucho del docente, de su capacidad para sostener emocionalmente al grupo.

Cuando el aula transmite confianza, las defensas internas bajan. Se abre un espacio donde el error no asusta y la curiosidad se levanta con suavidad. Es una sensación parecida a sentarse cerca de una fogata: el calor invita a acercarse sin temor. El estudio de 2024 plantea, de forma parafraseada, que el docente puede moldear esta serenidad a través de su presencia emocional, generando interacciones más receptivas. Y uno lo siente: los estudiantes escuchan diferente cuando se sienten protegidos.

Hay días en los que las miradas llegan cargadas de nervios, cansancio o incertidumbre. En esos momentos, la calma del aula actúa como un abrazo silencioso. Un saludo más cálido, una pausa cuidada o un ritmo más amable puede cambiar el ánimo colectivo. Según interpretación del artículo citado, cuando el educador gestiona sus emociones con claridad, transmite una energía que ordena y tranquiliza. Es casi como ajustar una luz que estaba vibrando demasiado fuerte.

Crear confianza también requiere reconocer que cada estudiante trae su propia historia en los hombros. Algunos avanzan ligeros, otros caminan con peso. Sentirse escuchado, aunque sea en un gesto breve, ayuda a que esa carga afloje un poco. De acuerdo con la lectura parafraseada del estudio de 2024, estas microinteracciones emocionales fortalecen la relación pedagógica. Y en la práctica se nota: cuando hay escucha real, el ambiente se vuelve más generoso.

Hay momentos en los que el aula necesita silencio, no para imponer orden, sino para que todos puedan respirar. Un silencio que no tensa, sino que acompaña. Es una pausa que reorganiza la mente y permite que la atención se acomode. Los autores de 2024 destacan —desde una lectura interpretativa— que esta regulación emocional del espacio favorece un aprendizaje más fluido. En esos instantes, el grupo se sincroniza y el trabajo avanza sin tanto desgaste.

Al final, construir un aula que respire calma y confianza no es un acto técnico, sino profundamente humano. Requiere observar, sentir y actuar con coherencia emocional. El estudio de Cayambe Gordillo et al. (2024) afirma —parafraseado— que el docente es un gestor afectivo que influye en el bienestar del grupo. Y esa influencia se percibe en cada rincón: en la manera en que se camina, en la forma en que se conversa y en ese murmullo suave que anuncia que aprender puede ser un lugar seguro.



Figura 8. Climas de aula que respiran calma y confianza

2.2. Lenguaje emocional docente: palabras que conectan con el cerebro del estudiante

El lenguaje emocional del docente actúa como una especie de brújula interna para el estudiante. Marca una dirección, orienta el ánimo y abre puertas que, de otro modo, se mantienen cerradas. A veces es un “aquí estoy contigo”, dicho con voz tranquila, lo que enciende la disposición a aprender. Desde una lectura interpretativa de Cayambe Gordillo y colegas (2024), las palabras cargadas de calidez fortalecen los vínculos y generan un clima donde la mente se atreve a participar sin miedo. Se siente en el ambiente: una frase bien dicha transforma la energía de toda la clase.

Hay días en los que el grupo llega revuelto, disperso, con emociones que chocan unas con otras. En esos momentos, la voz

del docente se convierte en un ancla. No hace falta elevar el tono; basta un mensaje claro y humano, capaz de reunir nuevamente las piezas. La investigación de 2024 plantea —parafraseada— que un lenguaje emocionalmente consciente facilita la sintonía entre docente y estudiantes. Y cuando esa sintonía aparece, la atención se acomoda como si encontrara un lugar cómodo donde descansar.

Una palabra puede abrigar, y otra puede herir sin pretenderlo. Por eso el docente que cuida lo que dice, y también el modo en que lo dice, ofrece un espacio seguro para expresarse. A veces un “te entiendo” o un “vamos paso a paso” devuelve la confianza a quien venía dudando de sí mismo. Según el análisis interpretado del estudio de 2024, esta comunicación afectiva incide directamente en la disposición cognitiva del estudiante. Es casi mágico sentir cómo una frase reduce tensiones internas.

El lenguaje emocional también invita a reconocer el esfuerzo, no solo el resultado. Cuando un estudiante escucha que su proceso tiene valor, su cerebro reacciona con alivio y gratitud. Esa sensación impulsa nuevas ganas de aprender, como si la motivación encontrara un pequeño respiro. Los autores citados en 2024 —desde una lectura parafraseada— resaltan que estas afirmaciones fortalecen la autoestima académica. Y se nota: los gestos cambian, la postura se endereza, y el estudiante recupera el brillo de avanzar.

Al dirigirnos a un grupo diverso, cada palabra es un puente. Algunos necesitan firmeza suave; otros, un toque de humor; otros, un mensaje que haga sentir vistos sus silencios. La voz docente construye esos puentes con cada frase que deja caer. El artículo de 2024 señala, en interpretación libre, que este manejo emocional impacta en la regulación afectiva colectiva. Cuando hay cuidado en el diálogo, el aula se vuelve más cooperativa y menos tensa.

Al final, el lenguaje emocional del docente no es un adorno educativo; es una presencia que acompaña, sostiene y da sentido al

encuentro diario. Es hablarle al estudiante, pero también a su mente cansada, a su autoestima frágil y a su deseo profundo de sentirse capaz. La investigación de Cayambe Gordillo et al. (2024), parafraseada, recuerda que el maestro es un mediador afectivo. Y esa mediación se siente en cada palabra que ilumina, calma o invita a seguir adelante sin miedo.

2.3. Estrategias para convertir el error en aprendizaje emocionalmente nutritivo

Cuando un estudiante se equivoca, algo en su interior se mueve con fuerza: un nudo en la garganta, un pensamiento que tropieza, una duda que duele. Sin embargo, si el docente acompaña ese instante con cercanía, el error se vuelve respirable. Una mirada amable o una frase que sostenga emocionalmente abre un espacio donde la confusión se transforma en curiosidad tranquila. En lectura parafraseada del trabajo de Navarrete Contreras (2025), se plantea que el bienestar emocional influye en el rendimiento cognitivo, y esa idea se siente viva cuando el error deja de ser castigo y se convierte en oportunidad afectiva.

Hay momentos en los que el aula se llena de silencio tras una equivocación evidente. Ese silencio puede hundir o levantar, dependiendo del trato recibido. Un docente que se detiene, respira con calma y recuerda que cada mente procesa a su ritmo logra cambiar el clima con gestos pequeños. Según la interpretación del estudio de 2025, el equilibrio emocional del estudiante sostiene la capacidad de pensar con claridad. Y cuando el error se recibe sin dureza, la mente deja de defenderse y empieza a abrirse, casi como si encontrara un rincón seguro para recomenzar.

Convertir el error en un paso natural implica narrarlo de otra forma. No como una caída vergonzosa, sino como ese tramo incómodo de un camino que todos hemos pisado. A veces basta decir: “vamos a revisar juntos lo que ocurrió”. Esa frase, que acaricia más que señala, ayuda a desactivar la tensión interna del

estudiante. En una lectura parafraseada del trabajo de 2025, se destaca que las emociones positivas favorecen la flexibilidad cognitiva. Y se nota cuando los rostros se suavizan y las manos dejan de temblar ante la siguiente pregunta.

El docente también puede ofrecer estrategias de reparación que alimenten la seguridad personal. Invitar a reescribir, comparar, preguntar o explicar a un compañero convierte la equivocación en un proceso de reconstrucción emocional. Cada intento nuevo se siente como una costura que cicatriza. Navarrete Contreras (2025) —interpretado libremente— plantea que el cerebro necesita un estado emocional estable para acceder a su mejor desempeño. Y cuando el error se trata con humanidad, la estabilidad aparece casi sin anunciarse, como una brisa tibia que ordena el pensamiento.

El error, acompañado de una guía respetuosa, fortalece la autoestima académica. No es raro ver a un estudiante que, tras comprender en qué tropezó, sonríe con un alivio tímido, como si hubiera recuperado una parte perdida de sí. Ese gesto pequeño muestra que el aprendizaje emocional no ocurre en abstracto, sino en el cuerpo, en la respiración que se hace más suave. Desde una lectura parafraseada de 2025, se reconoce que la experiencia emocional influye directamente en la disposición a aprender, y esto se revela de manera palpable cuando el error deja de pesar.

Al final, transformar el error en aprendizaje nutritivo es un acto profundamente humano. Requiere presencia, paciencia y una disposición sincera a cuidar lo que el estudiante siente mientras piensa. Y cuando esa relación se teje con delicadeza, el error se convierte en un compañero que enseña, no en un enemigo que avergüenza. La perspectiva parafraseada del estudio de Navarrete Contreras (2025) recuerda que el bienestar emocional alimenta la cognición. Tal vez por eso, cuando un docente abraza el error con empatía, la mente del estudiante encuentra la fuerza para seguir avanzando sin miedo.



Figura 9. *El error como oportunidad de aprendizaje emocional*

2.4. El poder de la escucha profunda en las dinámicas grupales

Hay momentos en el aula en los que una palabra que calla dice más que cien que hablan. La escucha profunda nace ahí, en ese instante en el que el docente se inclina emocionalmente hacia la voz del otro y la recibe sin prisa. En una lectura parafraseada del trabajo de Duarte (2024), se menciona que la escucha empática transforma los vínculos humanos al ofrecer un espacio donde cada persona se siente tratada con dignidad. En el aula ocurre igual:

cuando alguien se siente oído, su mundo interno se ordena y el grupo respira diferente.

La escucha profunda no consiste en quedarse quieto mientras el estudiante habla. Va más lejos: implica acompañar la respiración, abrir los ojos con intención y permitir que la mente deje de correr para darle espacio al relato del otro. Los grupos lo perciben; lo sienten en la atmósfera que se forma cuando reina la atención sincera. Duarte (2024), interpretado libremente, destaca que esta actitud fortalece la presencia emocional del acompañante. En el aula, esa presencia se vuelve un sostén que baja el ruido interno y amplifica la confianza.

Cuando un grupo se siente escuchado, sus integrantes comienzan a conectarse entre sí de una forma más suave. Los comentarios se vuelven menos defensivos, las intervenciones dejan de buscar imponerse y aparece un tono más dialogante. Es como si la escucha profunda fuera una cuerda invisible que armoniza las voces dispersas. Según una lectura parafraseada de Duarte (2024), escuchar con empatía permite que las personas se desenvuelvan desde un lugar más auténtico. En el aula, esto se traduce en interacciones donde nadie necesita levantar barreras.

A veces, un estudiante no dice nada, pero su postura, sus manos inquietas o su mirada hacia el piso cuentan una historia que pide atención. La escucha profunda también incluye ese lenguaje silencioso que pide ser interpretado con delicadeza. Cuando el docente reconoce esas señales, el grupo comprende que allí hay un espacio donde las emociones también importan. El trabajo de 2024 —parafraseado— señala que la escucha consciente humaniza los encuentros. Y esa humanidad se filtra en las dinámicas grupales, volviéndolas más comprensivas.

En muchos grupos, la escucha profunda actúa como una especie de puente emocional que evita tensiones innecesarias. Cuando los estudiantes perciben que su voz tiene un lugar legítimo,

disminuye la necesidad de competir por atención. El ambiente se vuelve más cooperativo, casi como un río que encuentra un cauce común. La perspectiva interpretada de Duarte (2024) indica que la empatía en la escucha fomenta relaciones de apoyo mutuo. En el aula, ese apoyo puede transformar incluso a los más silenciosos, que comienzan a participar con más seguridad.

Al final, la escucha profunda no es una técnica; es una presencia. Una forma de estar que invita al grupo a abrirse sin temor y a construir sentidos compartidos. Cuando el docente escucha así, el aula se convierte en un lugar donde cada voz es valiosa. En lectura parafraseada del estudio de 2024, este acto de atención genera bienestar emocional y fortalece la cohesión. Y se nota: la clase fluye con más calma, las tensiones se disuelven y el aprendizaje se vuelve un encuentro donde todos encuentran un lugar que les pertenece.

2.5. Prácticas de atención plena aplicadas al entorno educativo

La atención plena entra al aula como una brisa tibia que ordena el caos cotidiano. No llega con estridencia; más bien, se desliza entre respiraciones pausadas, miradas que se detienen un instante y cuerpos que se aflojan después de tanta exigencia. Cuando uno se atreve a guiar al grupo hacia ese pequeño refugio interior, la clase respira distinto. Al parafrasear a Cedeño Solórzano y Chong Cruz (2022), se reconoce que la calma mental favorece el rendimiento académico. Y se nota de inmediato: el ambiente se suaviza, el ruido emocional baja y las mentes se abren con menos resistencia.

Las prácticas de atención plena no requieren grandes recursos, pero sí una presencia auténtica. A veces basta invitar a sentir la respiración, a percibir las sensaciones de los pies en el piso o a escuchar un sonido hasta que se desvanezca. Este tipo de micro-pausas devuelve al estudiante a su cuerpo, a ese lugar donde puede sostenerse cuando las emociones se agolpan. En interpretación

libre de la investigación de 2022, se destaca que la regulación emocional mejora la capacidad de concentración. El aula, entonces, se vuelve más habitable, menos asfixiante.

Hay días en los que el grupo llega inquieto, como si cada pensamiento empujara en una dirección distinta. En esos momentos, una práctica breve de atención plena actúa como un abrazo colectivo que acomoda lo que parecía disperso. El silencio, lejos de ser presión, se convierte en descanso. Desde una lectura parafraseada de Cedeño Solórzano y Chong Cruz (2022), se plantea que la serenidad interna favorece los procesos cognitivos. Y en el aula se vuelve evidente cuando, tras la actividad, los rostros recuperan una expresión más clara y disponible.

La atención plena también ayuda a los estudiantes a reconocer lo que sienten sin esconderse. Identificar ese nudo en el pecho, esa inquietud en las manos o ese cansancio que nadie menciona puede ser un acto liberador. Cuando el docente guía esa observación, sin juicio ni prisa, el grupo entiende que las emociones tienen un lugar legítimo en el aprendizaje. Según interpretación del estudio del 2022, esta conciencia emocional reduce la reactividad y fortalece la autorregulación. El ambiente se vuelve más amable y las interacciones más respetuosas.

Incorporar estas prácticas en dinámicas grupales fortalece el sentido de comunidad. Cuando todos cierran los ojos un instante o comparten la experiencia de respirar juntos, aparece una sensación de pertenencia difícil de describir. Es como si el grupo encontrara un ritmo común que sostiene a cada miembro. En una lectura parafraseada del trabajo de 2022, se menciona que la atención plena favorece la convivencia armónica. Y esa armonía se siente en los pequeños gestos: menos interrupciones, más paciencia, más cuidado en la palabra.

Con el tiempo, la atención plena deja de ser una actividad y se convierte en una forma de estar. El aula se transforma en un

espacio donde la mente se aquiega con más facilidad, donde el estudiante reconoce señales internas y decide desde un lugar más sosegado. La investigación de Cedeño Solórzano y Chong Cruz (2022), interpretada libremente, recuerda que este tipo de prácticas impactan positivamente en el rendimiento académico. Quizá por eso, cuando la atención plena se integra al día a día, el aprendizaje fluye con más naturalidad y menos peso emocional.



Figura 10. Atención plena en el entorno educativo

2.6. Autorregulación emocional como base para la autorregulación cognitiva

A veces, en el aula, sentimos que todo lo que ocurre dentro de la mente del estudiante es una especie de corriente que avanza con intensidad variable. Cuando las emociones se ordenan y

encuentran su propio equilibrio, esa corriente fluye con menos turbulencia y mucho más sentido. La autorregulación emocional se convierte entonces en una especie de ancla suave que sostiene al estudiante cuando el día pesa o cuando la mente se dispersa. Desde revisiones recientes se resalta que sostener esta práctica permite fortalecer procesos internos que dan estabilidad al aprendizaje (Mora Guerrero et al., 2023).

Hay momentos en que un alumno necesita respirar hondo antes de enfrentar una tarea que parece lejana o abrumadora. En esas pequeñas pausas se juega algo profundo: la posibilidad de tomar las riendas de lo que se siente para dar paso a formas más claras de pensar. Cuando el adulto acompaña con paciencia, sin prisa, el estudiante comienza a reconocer que su mundo interno tiene ritmos propios. Tal como señalan estudios analizados por Mora Guerrero y colegas (2023), estas habilidades emocionales se convierten en cimientos que sostienen la organización mental y la toma de decisiones escolares.

En la práctica cotidiana, la autorregulación emocional no aparece como un acto perfecto, sino como un movimiento constante: avanzar, retroceder un poco, afinar, volver a empezar. Es un ejercicio que se parece más a aprender a caminar en un terreno flexible que a memorizar una fórmula. Cuando el estudiante se siente escuchado y validado, esa flexibilidad se transforma en confianza, y la confianza, en lectura más clara de sus propios pensamientos. Desde investigaciones recientes se destaca que este tipo de acompañamiento favorece comportamientos más coherentes y funcionales dentro del proceso educativo (Mora Guerrero et al., 2023).

A veces un silencio a tiempo vale más que un discurso extenso. Un minuto en el que el niño coloca una mano en su pecho y reconoce qué le está pasando puede abrir una puerta enorme para organizar lo que vendrá después: comprender, resolver, crear. En esa pausa íntima se mezcla la emoción con la razón de manera

natural, sin imponer nada. Diversos autores citados en la revisión de Mora Guerrero y colaboradores (2023) subrayan que tales prácticas fortalecen el control interno necesario para sostener tareas cognitivas complejas.

La mente, cuando está alterada, se llena de ruido. Ese ruido le quita brillo al pensamiento y lo vuelve errático. Por eso, enseñar a los estudiantes a regular su mundo emocional es como enseñarles a ajustar el volumen de una radio antigua hasta encontrar la señal que acompaña, que orienta. Con ese ajuste, la planificación, la memoria de trabajo y la concentración se vuelven más accesibles. Esta relación entre bienestar emocional y claridad cognitiva se explica ampliamente en los análisis que recoge Mora Guerrero et al. (2023).

Cuando el aula se convierte en un espacio donde el sentir no se reprime, sino que se reconoce y se orienta, el aprendizaje toma un nuevo color. El estudiante se descubre capaz de manejar situaciones internas que antes lo desbordaban, y esa sensación de control invita a pensar con mayor amplitud. Es un proceso que transforma, paso a paso, el vínculo del niño con su propia mente. Tal como se desprende de la revisión mencionada, estas estrategias generan hábitos duraderos que potencian el desarrollo académico y personal (Mora Guerrero et al., 2023).

2.7. Ambientes multisensoriales que despiertan el aprendizaje afectivo

Cuando pensamos en un aula que abraza los sentidos, es fácil sentir que algo cambia en el aire: la luz ya no es solo luz, los colores parecen ampliar el ánimo y los sonidos se vuelven una especie de invitación suave para acercarse al aprendizaje. Los estudiantes perciben todo eso de manera inmediata. Se relajan, se conectan, se sienten parte del lugar. En investigaciones recientes se afirma que integrar sistemas sensoriales en el espacio escolar

favorece una experiencia más profunda y significativa (Marcano, 2023).

A veces, basta tocar una textura cálida o escuchar un murmullo amable para despertar una disposición distinta. El cuerpo reacciona antes que la mente, y esa reacción abre puertas que parecían cerradas. Muchos docentes lo notan: cuando el ambiente acaricia los sentidos, los estudiantes se entregan con mayor naturalidad al proceso de aprender. Desde estudios revisados por Marcano (2023) se destaca que este tipo de estímulos fortalece la motivación y facilita la participación activa dentro del aula.

En ciertos momentos del día, el cansancio pesa, y un simple cambio en la iluminación o un aroma tenue puede despertar nueva energía. No se trata de adornos, sino de detalles que abren un respiro emocional. El estudiante siente que el aula se acomoda a él, no al revés. Esa sensación de bienestar genera una disposición emocional que acompaña de forma positiva las tareas cognitivas. Según análisis recientes, estas experiencias multisensoriales potencian la inclusión y el equilibrio afectivo (Marcano, 2023).

Hay aulas donde los sonidos naturales, como agua que corre o viento suave, ayudan a que el pensamiento se organice. En esos espacios, los estudiantes describen una especie de calma que permite enfocarse sin rigidez. La multisensorialidad actúa como un puente entre emoción y atención, un puente tan sencillo como poderoso. Se ha señalado que este tipo de ambientes promueve la regulación personal y el desarrollo de habilidades que sostienen aprendizajes más estables (Marcano, 2023).

La vista también juega un papel profundo. Un color cálido puede transmitir seguridad; un mural que respira vida puede invitar a la reflexión sin pedir permiso. Cuando los estudiantes recorren el espacio y encuentran rincones que despiertan sensaciones distintas, se sienten acompañados. No están frente a un muro gris,

sino en un lugar que los abraza con suavidad. Estas aproximaciones, tal como señala Marcano (2023), fortalecen los vínculos afectivos y mejoran la interacción entre estudiantes y docentes.



Figura 11. Ambientes multisensoriales para el aprendizaje afectivo

Y luego está el movimiento, ese aliado silencioso que cambia la energía del aula. Caminar entre mesas amplias, sentarse en un cojín mullido o recostarse un momento sobre una superficie firme activa rutas sensoriales que revitalizan el ánimo. El aprendizaje se vuelve más cercano, más vivo. La multisensorialidad transforma el aula en un espacio que escucha y responde a quienes lo habitan. Según discusiones presentadas por Marcano (2023), estos entornos fortalecen el bienestar emocional y potencian una participación más auténtica en cada actividad.

2.8. La narrativa emocional en la enseñanza de cualquier disciplina

Hay momentos en que una historia abre puertas que la explicación directa no logra mover. El aula cambia de temperatura cuando la voz del docente abraza una narrativa que sostiene al estudiante desde dentro. En esa trama, las ideas respiran distinto, más cerca del corazón que de la repetición mecánica. La educación se vuelve un camino que se recorre con la piel despierta. Desde miradas recientes en el campo pedagógico, se afirma que los relatos fortalecen el vínculo afectivo y facilitan la participación activa en múltiples áreas del aprendizaje (Rivera Montenegro et al., 2024).

Cuando una disciplina se narra con emoción, los estudiantes sienten que la materia se les acerca como un visitante amable. De pronto, una ecuación tiene ritmo, un hecho histórico vibra como un susurro del pasado y un concepto abstracto encuentra cuerpo y color. Esa vivacidad, ese pulso cálido, transforma la manera en que se recibe la información. En estudios analizados por Rivera Montenegro y colegas (2024), se destaca que los cuentos y relatos enriquecen la comprensión al conectar experiencias internas con contenidos académicos.

Hay días en que, al contar una anécdota, el docente nota que las miradas se iluminan. Es un pequeño fogonazo que marca la diferencia. Porque el relato toca fibras que el estudiante reconoce, aunque no siempre las pueda nombrar. Ese contacto emocional activa la curiosidad y abre un terreno fértil para el pensamiento. Investigaciones recientes señalan que la narrativa amplía la motivación y genera aprendizajes más integradores dentro del aula (Rivera Montenegro et al., 2024).

A veces, un ejemplo narrado con sensibilidad invita al estudiante a adentrarse en la experiencia del otro. Y ese gesto, casi íntimo, despierta empatía. La clase deja de sentirse rígida; toma un ritmo más cercano, más humano. El contenido cobra vida cuando

se cuenta desde una voz que transmite presencia. Según análisis de Rivera Montenegro y su equipo (2024), esta forma de enseñar favorece la construcción de significados más profundos y estimula la interacción entre estudiantes.

En muchos casos, la narrativa funciona como una linterna emocional que ilumina zonas que parecían demasiado lejanas. Un relato bien tejido permite que el estudiante observe la materia desde una ventana más amplia, donde el sentir y el pensar caminan juntos. No se trata de adornos, sino de un modo de construir puentes entre experiencia y conocimiento. Estudios mencionados por Rivera Montenegro et al. (2024) indican que estas estrategias fortalecen la creatividad y mejoran la retención de contenidos.

Y al final, cuando el aula guarda silencio por un instante después de un relato, se puede percibir algo que se acomoda dentro de cada estudiante. Es una mezcla de comprensión y conexión, como si la historia ofreciera un descanso para procesar lo aprendido. Esta pausa tiene un valor enorme: sostiene la relación con la materia y nutre la confianza. De acuerdo con reflexiones recientes, la narrativa emocional contribuye a que la enseñanza de cualquier disciplina se transforme en una experiencia afectiva y significativa (Rivera Montenegro et al., 2024).

2.9. Ritualizar la empatía: pequeños gestos que cambian la cultura escolar

A veces, la escuela necesita pequeños ritos cotidianos que recuerden a todos que el sentir también educa. Un saludo que se ofrece con atención, una mirada que acompaña al estudiante cuando entra al aula, o un breve espacio para preguntar cómo se encuentran antes de iniciar la clase puede transformar la atmósfera. Son gestos que abren un respiro colectivo. En estudios sobre convivencia, se menciona que la empatía reduce tensiones y favorece la armonía entre quienes comparten un mismo espacio

educativo (García & Páez, 2022), y esos microgestos pueden ser el punto de partida.

Hay mañanas en que un simple “¿cómo vienes hoy?” cambia el rumbo emocional de un grupo. Ese momento sostiene al estudiante, le da la sensación de ser visto sin prisa, sin juicio. La empatía deja de ser una idea abstracta y se convierte en una práctica con calor humano. Investigaciones revisadas por García y Páez (2022) indican que cuando las personas se sienten comprendidas, disminuyen fricciones y aumenta la cooperación. En el aula, esto se traduce en un clima más suave, más dispuesto a aprender.

También ayuda incorporar pequeños rituales al cierre de la clase: unos segundos para agradecer algo que ocurrió durante la jornada o reconocer un gesto amable de un compañero. Estos hábitos tejen hilos invisibles entre los estudiantes, hilos que fortalecen la cohesión. La empatía, cuando se vuelve repetida y predecible, funciona como un faro que orienta la convivencia. Según planteamientos de García y Páez (2022), la comprensión mutua actúa como un puente que reduce conflictos en comunidades educativas.

En ocasiones, basta una breve pausa para escuchar a alguien que no suele expresarse. Esa escucha da valor a voces que a veces pasan inadvertidas. El aula empieza a sentirse como un espacio compartido, no como un lugar donde cada quien se protege. La empatía, ritualizada en estas pausas, suaviza tensiones y favorece actitudes más colaborativas. García y Páez (2022) remarcan que la atención al sentir del otro se asocia con una convivencia más estable y respetuosa.

Los gestos que alimentan este clima no exigen grandes esfuerzos: acompañar con cercanía a quien atraviesa un momento difícil, reconocer públicamente un acto de apoyo entre compañeros, o invitar al grupo a respirar juntos cuando hay cansancio. Con el tiempo, estas prácticas dan forma a una cultura

escolar más humana. En las reflexiones de García y Páez (2022), se destaca que la empatía sostenida contribuye a evitar enfrentamientos y mejora la interacción en los entornos educativos.



Figura 12. La empatía como ritual cotidiano en la cultura escolar

Y al final, cuando esos gestos ya forman parte de la cotidianidad, algo cambia en la manera en que se relacionan estudiantes y docentes. La escuela respira con más calma. El aprendizaje se vuelve una experiencia compartida, tejida con respeto y comprensión. Estas pequeñas ceremonias emocionales nutren un sentido de pertenencia que no se logra con normas estrictas, sino con cercanía y presencia. Todo ello coincide con los hallazgos de García y Páez (2022), quienes señalan que la empatía cultivada día tras día transforma la convivencia desde la raíz.

2.10. El docente como modulador emocional del aula

El docente, cuando entra al aula, lleva consigo un tono emocional que se esparce como una brisa. A veces cálida, a veces más fresca, según el día, pero siempre influyente. El grupo lo percibe sin necesidad de palabras. Basta su forma de caminar, la suavidad o firmeza de su voz, para que el ambiente cambie. Investigaciones recientes destacan que el profesorado ejerce un papel determinante en la atmósfera afectiva del aprendizaje, actuando como guía emocional que orienta la convivencia y la disposición mental de los estudiantes (Cayambe Gordillo et al., 2024).

En diversas jornadas, el docente se convierte en una especie de afinador interno del aula. Si llega tranquilo, esa tranquilidad se contagia. Si llega tenso, el grupo lo nota de inmediato. Por eso, regular el propio estado emocional se vuelve una tarea constante. Este proceso, según lo analizado por Cayambe Gordillo y colegas (2024), fortalece la construcción de entornos donde el alumnado se siente acompañado y respetado. Cuando el educador se cuida, también está cuidando al grupo.

El aula reacciona a los matices del docente. Un gesto amable puede ablandar un inicio de clase difícil. Una pausa antes de corregir a un estudiante puede evitar un malentendido. La presencia emocional activa del educador funciona como un faro que orienta a quienes dependen de esa guía. En trabajos de Cayambe Gordillo et al. (2024) se menciona que la gestión afectiva del profesorado incide en la seguridad emocional del estudiante y favorece la participación.

Hay días en que la tensión se siente desde la puerta. En esos momentos, el docente que respira profundamente y habla con calma ofrece un ancla al grupo. El aula empieza a equilibrarse, como si la energía colectiva encontrara un nuevo centro. Esta capacidad de estabilizar el clima se relaciona con la habilidad docente para

manejar emociones propias y ajenas, un aspecto que Cayambe Gordillo y colegas (2024) consideran esencial para sostener aprendizajes significativos.

También influye la manera en que el educador responde a las conductas del alumnado. Una intervención abrupta puede rigidizar el ambiente, mientras que una intervención empática abre posibilidades. El docente que reconoce las emociones de sus estudiantes y valida sus vivencias transforma la dinámica. Las observaciones de Cayambe Gordillo et al. (2024) señalan que esta sensibilidad docente promueve relaciones más respetuosas y disminuye roces innecesarios.

Con el tiempo, el docente modulador emocional se vuelve un referente de estabilidad, alguien que brinda contención sin perder autoridad. Esa presencia invita al grupo a construir un aprendizaje más humano, donde sentirse seguro se vuelve tan valioso como comprender un contenido. Así, las emociones se alinean con la enseñanza, y el aula respira con mayor armonía. Esta visión coincide con lo planteado por Cayambe Gordillo y colegas (2024), quienes destacan que la gestión emocional docente es un pilar para una cultura escolar más saludable.

Tabla 2

Prácticas para Cultivar un Aula Emocionalmente Segura

Ámbito de Intervención Pedagógica	Efecto Principal en el Aprendizaje y la Convivencia
Clima de Aula y Lenguaje Docente. La creación de una atmósfera de calma y confianza, junto con un lenguaje emocionalmente consciente, depende en gran medida de la presencia y	Este ambiente seguro reduce las defensas internas de los estudiantes, facilita interacciones más receptivas y permite que la curiosidad se levante sin temor. Un lenguaje cálido y afirmativo fortalece

Ámbito de Intervención Pedagógica	Efecto Principal en el Aprendizaje y la Convivencia
gestión afectiva del docente (Cayambe Gordillo et al., 2024).	los vínculos, genera un clima de participación y transforma la energía colectiva, impactando directamente en la disposición cognitiva (Cayambe Gordillo et al., 2024).
Gestión del Error y Escucha Profunda. Acompañar el error con cercanía emocional lo transforma en una oportunidad de aprendizaje, mientras que la escucha empática profunda valida la experiencia del estudiante (Duarte, 2024; Navarrete Contreras, 2025).	Cuando el error se recibe sin dureza, la mente del estudiante deja de defenderse y se abre a la curiosidad, favoreciendo la flexibilidad cognitiva. La escucha profunda, por su parte, ordena el mundo interno del estudiante, fortalece los vínculos humanos y genera un clima de respeto que sustenta dinámicas grupales más cooperativas y auténticas (Duarte, 2024; Navarrete Contreras, 2025).
Autorregulación y Atención Plena. Las prácticas que promueven la autorregulación emocional y la atención plena (mindfulness) actúan como cimientos para la organización cognitiva y la estabilidad mental (Cedeño Solórzano y	Estas prácticas devuelven al estudiante a una sensación de sostén interno, mejoran la capacidad de concentración y reducen la reactividad emocional. Al cultivar la calma mental y la conciencia corporal, se favorece un estado de equilibrio que

Ámbito de Intervención Pedagógica	Efecto Principal en el Aprendizaje y la Convivencia
Chong Cruz, 2022; Mora Guerrero et al., 2023).	permite a las funciones ejecutivas operar con mayor claridad y continuidad (Cedeño Solórzano y Chong Cruz, 2022; Mora Guerrero et al., 2023).

Fuente: Elaboración propia

Capítulo 3:

Neurodidáctica afectiva: estrategias que sincronizan emoción y cognición

La experiencia de aprender se enriquece cuando se convierte en un viaje de descubrimiento vivo y personal. Este capítulo recorre un paisaje de posibilidades prácticas, donde la teoría se encuentra con el latido del aula para ofrecer estrategias concretas que despierten, sostengan y profundicen el aprendizaje a través de la emoción. Aquí se despliegan caminos pedagógicos que reconocen la curiosidad, el asombro y la conexión humana no como elementos decorativos, sino como fuerzas centrales capaces de transformar la calidad y la permanencia de lo que se aprende.

Todo puede comenzar con un instante de sorpresa, ese pequeño sobresalto que despierta la mente y la abre a lo nuevo. El cerebro parece tener una afinidad especial por lo inesperado, activándose con una energía fresca ante cualquier giro que rompa la rutina. Díaz Aguirre (2021) plantea que estas experiencias facilitan que la información se fije con más firmeza, pues la atención se afina para comprender aquello que irrumpе con novedad. Una pregunta inesperada, un objeto misterioso o un giro en una historia pueden transformar la atmósfera del aula, invitando a una atención más viva y despierta.

Esta disposición receptiva puede cultivarse de manera intencional, activando el mundo afectivo incluso antes de presentar un contenido. Es como preparar el terreno emocional, abriendo una puerta interior para que las ideas encuentren un espacio fértil donde arraigar. Salcedo-de-la-Fuente et al. (2024) señalan que las emociones actúan como puertas que facilitan la entrada y permanencia de nuevas ideas. Un gesto amable, una anécdota personal o un breve silencio compartido pueden generar esa expansión interna que predispone a la mente para recibir, procesar y recordar con mayor profundidad.

Dentro de este marco, el juego resurge como un poderoso aliado, una corriente cálida que recorre el aula y libera la creatividad. Las actividades lúdicas cargadas de emoción tienen la capacidad de relajar el cuerpo y expandir la mente, creando un

entorno donde la atención y la memoria se fortalecen. Ramos Berruz et al. (2025) destacan que el juego activa procesos emocionales que preparan el terreno para que nuevas ideas arraiguen de manera más natural. Las risas y los gestos espontáneos no son distracciones, sino señales de un compromiso más auténtico y profundo.



Figura 13. Neurodidáctica afectiva: estrategias que sincronizan emoción y cognición

Incluso los momentos de evaluación pueden transitar por sendas más humanas, alejándose de la sombra de la presión para convertirse en espacios de reflexión y crecimiento. Una evaluación con sentido se siente como una mano que acompaña, ofreciendo una mirada formativa sobre el proceso más que un juicio sobre el resultado. Beltrán Sarabia (2024) indica que esta práctica enciende la motivación al invitar a reflexionar sobre el propio camino. Así, medir el aprendizaje se transforma en un acto que orienta y alimenta el deseo de seguir avanzando.

Diseñar experiencias que provoquen una curiosidad genuina es otro arte fundamental, una forma de abrir una rendija por donde entra una luz distinta que invita a mirar con más cuidado. Esta curiosidad se activa cuando lo que ocurre en el aula conecta de manera auténtica con la vida del estudiante. Cardona (2024) resalta que este impulso afectivo favorece la investigación interna. Un relato misterioso, una imagen conmovedora o una pregunta abierta pueden despertar esa chispa interior que convierte el aprendizaje en una búsqueda personal.

Los lenguajes del arte y el movimiento ofrecen caminos singulares para esta búsqueda, catalizando la comprensión a través de la sensibilidad. La música y el movimiento actúan como puentes afectivos, modificando la atmósfera y preparando la mente para recibir ideas con mayor apertura. Salcedo (2024) explica que el lenguaje musical facilita la comprensión al despertar sensaciones que predisponen al estudiante. Un ritmo suave, un balanceo o una melodía pueden aflojar tensiones y crear un estado de receptividad donde el pensamiento fluye con más naturalidad.

La narrativa, por su parte, posee un poder único para tejer conexiones profundas, transformando el contenido en una experiencia que se siente y se recuerda. Un relato bien contado despierta respuestas afectivas que impulsan la actividad neuronal y facilitan la comprensión. Reyes (2025) afirma que los afectos generan un terreno fértil para que el pensamiento se expanda y encuentre sentido. Las historias permiten que los estudiantes encuentren ecos de sus propias vivencias, construyendo puentes entre la emoción y los conceptos abstractos.

Técnicas como la visualización emocional permiten profundizar en este proceso, creando paisajes internos donde el conocimiento se consolida con mayor firmeza. Invitar a cerrar los ojos y conectar con escenas cargadas de sensaciones genera una calma que facilita la retención. Figueroa Reyes et al. (2025) señalan que esta práctica activa procesos de neuroplasticidad, fortaleciendo

la memoria al vincular emociones con representaciones mentales. El aprendizaje deja de ser un dato aislado para convertirse en una experiencia íntima y memorable.

Todo converge en la creación de espacios colaborativos donde el aprendizaje se construye desde la conexión afectiva entre pares. Cuando los estudiantes trabajan juntos desde un vínculo auténtico, las ideas circulan con una fluidez distinta, apoyadas por la confianza y el reconocimiento mutuo. Ullauri Ullauri et al. (2022) resaltan que la colaboración nace de la interacción genuina y del clima inclusivo. Esta calidez compartida transforma cualquier actividad en una experiencia humana profunda, dejando una huella que perdura mucho más allá del contenido específico, recordándonos que aprender, en esencia, es un acto de encuentro.

3.1. Aprender desde la sorpresa: el cerebro ama lo inesperado

El aprendizaje nacido de la sorpresa tiene un ritmo propio, casi como un golpe suave que despierta algo adormecido. Cuando algo inesperado cruza el umbral de la clase, el cerebro abre ventanas internas que parecían cerradas, atento a cada destello novedoso. Ese pequeño sobresalto activa circuitos que, según plantea Díaz Aguirre (2021), facilitan que la información se fije con más firmeza, pues la mente busca comprender aquello que rompe la rutina. Y en ese instante, el aula respira distinto, como si cada estudiante afinara sus sentidos para no perderse ningún detalle.

Hay momentos en los que una actividad repentina, una pregunta inesperada o un giro narrativo despiertan una especie de alegría curiosa. Los estudiantes sienten que algo se mueve dentro, una chispa que invita a mirar con más cuidado. La emoción abre paso a la atención, y esta, a su vez, impulsa la comprensión. En palabras reformuladas de Díaz Aguirre (2021), las experiencias emocionantes actúan como una puerta que facilita el recuerdo,

porque la mente se aferra a todo aquello que logra conmoverla, aunque sea con un leve sobresalto.

El cerebro, cuando percibe novedad, se llena de energía. Una energía cálida, casi eléctrica, que impulsa la disposición para aprender. Es como caminar por un sendero conocido y, de pronto, encontrar una flor que nunca habías visto. Te detienes. Observas. Quieres saber más. Según la explicación reinterpretada de Díaz Aguirre (2021), esa inclinación natural hacia lo inesperado se relaciona con sistemas neuronales que se activan para procesar aquello que capta la atención de manera espontánea.

En la práctica docente, crear momentos así puede transformar la jornada. No se trata de artificios, sino de gestos que invitan al asombro: un objeto misterioso sobre la mesa, una historia que da un giro inesperado, un experimento que parece tener vida propia. Estas pequeñas irrupciones generan una atmósfera vibrante. Como plantea la obra de Díaz Aguirre (2021), cuando la emoción acompaña a la información, el cerebro tiende a integrarla de manera más profunda, como si tejiera hilos invisibles entre experiencia y significado.

El estudiante que se sorprende también se involucra. Su mirada cambia, se vuelve más despierta, más abierta a la pregunta. Ese estado emocional, que parece tan espontáneo, sostiene procesos cognitivos esenciales para construir nuevos aprendizajes. De acuerdo con la idea reinterpretada de Díaz Aguirre (2021), la novedad influye en la memoria al activar regiones que fortalecen la retención, especialmente cuando la actividad toca fibras afectivas que hacen vibrar la atención.

Y al final, el aula se convierte en un espacio donde lo inesperado no descoloca, sino que invita. Cada sorpresa, por pequeña que sea, abre una grieta luminosa por la que se filtra el deseo de comprender. Los estudiantes sienten que aprender puede tener el sabor de una aventura cotidiana, siempre distinta. Y en ese

ambiente, la neurodidáctica afectiva cobra sentido: emoción y pensamiento se entrelazan, como hilos suaves que se encuentran para sostener una experiencia más viva, más humana, más recordada.

3.2. Activar la emoción antes del contenido: la secuencia invisible del aprendizaje eficaz

Antes de iniciar cualquier tema, hay un instante delicado en el que todo puede cambiar: ese momento en el que se despierta la emoción que prepara a la mente para recibir lo que viene. Es como abrir una ventana temprano en la mañana y dejar que entre el aire fresco antes de encender la lámpara. La atención se afina, el cuerpo parece encontrar un ritmo propio. Desde una mirada reinterpretada del trabajo de Salcedo-de-la-Fuente et al. (2024), las emociones actúan como puertas que facilitan la entrada y permanencia de nuevas ideas, fortaleciendo lo que más adelante se recordará con mayor facilidad.

Cuando una clase empieza tocando fibras afectivas, incluso suaves, la percepción cambia. Se siente una especie de expansión interna, una disposición cálida que invita a acercarse al contenido con mayor apertura. Un gesto amable, una pregunta que abra un pequeño resquicio personal o una anécdota que pulse recuerdos compartidos pueden transformar por completo la escucha. Según lo planteado en la revisión mencionada (Salcedo-de-la-Fuente et al., 2024), los estados emocionales previos determinan la eficacia de los procesos cognitivos que sostienen el aprendizaje significativo.

Hay días en los que el ambiente escolar parece más denso, y entonces encender la emoción se vuelve un acto casi artístico. Puede ser un silencio bien colocado, un objeto inesperado sobre la mesa o una breve historia cargada de sensaciones. Al activarse esa vibración inicial, el cerebro se orienta, busca patrones, quiere conectar. Los autores revisados en 2024 destacan que las emociones preparan los sistemas atencionales, permitiendo que la información

posterior se organice con mayor fluidez y profundidad, como si la mente se acomodara antes de empezar a tejer.

Esa secuencia invisible —primero sentir, luego aprender— crea un territorio donde los estudiantes se sienten acompañados. Es posible percibirlo en sus miradas: hay brillo, hay interés. El contenido deja de ser una carga y pasa a ser una invitación. Es un gesto humano, casi íntimo, iniciar desde lo afectivo. Al reinterpretar las conclusiones de Salcedo-de-la-Fuente et al. (2024), se entiende que la emoción previa fortalece la memoria al activar redes cerebrales que consolidan más tarde lo aprendido, como si la información encontrara un suelo fértil.

Cuando el docente cuida ese primer contacto emocional, el aula adquiere otra temperatura. Se vuelve más amable, más receptiva. Los estudiantes sienten que aquello que van a aprender tiene un lugar dentro de ellos antes de ser explicado. Esta preparación emocional no requiere grandes rituales; basta con crear un ambiente donde la presencia sea cálida y auténtica. La revisión sistemática (Salcedo-de-la-Fuente et al., 2024) expone que la regulación afectiva inicial incide directamente en procesos atencionales, favoreciendo que la comprensión posterior fluya con menos esfuerzo.

Al final, activar la emoción antes del contenido es un acto de cuidado. Es invitar a cada estudiante a entrar al aprendizaje desde un punto donde se siente visto y valorado. El conocimiento, entonces, se vuelve más cercano. Más humano. Y esa proximidad transforma la experiencia completa, porque el aula ya no es un espacio rígido, sino un lugar donde sentir y pensar caminan juntos. Tal como proyectan los hallazgos de Salcedo-de-la-Fuente et al. (2024), cuando la emoción antecede al contenido, el aprendizaje gana profundidad, permanencia y un eco que acompaña más allá de la clase.

3.3. Juegos emocionales que estimulan la creatividad y la memoria

Los juegos cargados de emoción tienen una energía especial que despierta a los estudiantes desde adentro, como si una corriente cálida recorriera el aula y encendiera la curiosidad. Se siente en las risas, en los gestos espontáneos, en esa disposición casi contagiosa a participar. El acto lúdico abre puertas invisibles a la creatividad, pues al relajarse el cuerpo, la mente se expande. En una lectura reinterpretada del trabajo de Ramos Berruz y colegas (2025), el juego activa procesos emocionales que fortalecen la atención y preparan el terreno para que nuevas ideas puedan arraigarse de manera más natural.

Cuando los estudiantes se suman a una dinámica lúdica, su memoria se enciende. Es como si los recuerdos adquirieran colores más vivos y permanecieran durante más tiempo. Cada interacción se vuelve significativa, porque lo afectivo deja una huella que no se borra con facilidad. En la revisión presentada por Ramos Berruz et al. (2025), se destaca que las actividades lúdicas impulsan la consolidación de aprendizajes, ya que conectan emociones con acciones, generando experiencias que el cerebro guarda con especial cuidado.

El aula se transforma en un escenario vibrante cuando el juego entra en acción. Las miradas cambian, los cuerpos se mueven con más libertad, el ambiente respira otra emoción. Y ese movimiento interno abre caminos inesperados. El juego actúa como un puente entre la espontaneidad y la comprensión profunda. Según lo planteado en el estudio del 2025, cuando el juego provoca emociones agradables, los procesos cognitivos se fortalecen, favoreciendo tanto la creatividad como la retención de información.

Hay instantes en los que un simple juego emocional libera ideas que parecían escondidas. Los estudiantes conectan recuerdos,

inventan soluciones, se atreven a proponer lo que antes no se atrevían. El clima afectivo les da un impulso que no surge con métodos rígidos. Al parafrasear las conclusiones de Ramos Berruz et al. (2025), se entiende que el juego brinda un entorno afectivo que potencia la capacidad de relacionar conceptos y elaborar respuestas más flexibles, alimentando la creatividad como si fuera una llama que necesita aire fresco.

Además, el juego emocional fortalece la convivencia. Invita a escucharse, a cooperar, a sentir que todos aportan algo valioso. Ese tejido interpersonal se vuelve un soporte para aprender con más confianza y menos tensión. La investigación revisada (Ramos Berruz et al., 2025) resalta que las experiencias lúdicas impactan positivamente en la regulación emocional, lo que favorece la memoria de trabajo y, en consecuencia, un aprendizaje más estable y duradero.

En definitiva, los juegos cargados de emoción dotan al aula de una riqueza que se siente y se comparte. La creatividad fluye, la memoria se afianza y la experiencia educativa se vuelve más humana. Cada risa, cada gesto espontáneo, cada pequeño acto lúdico deja una estela que acompaña al estudiante más allá de la clase. Así, siguiendo la perspectiva reinterpretada del estudio de 2025, el juego no es un adorno pedagógico, sino un motor que impulsa la mente y el corazón hacia aprendizajes que permanecen.

3.4. Evaluaciones con sentido: medir el aprendizaje sin apagar la motivación

Una evaluación con sentido se siente como una mano que acompaña, no como una sombra que presiona. Cuando llega ese momento en el aula, muchos estudiantes tensan los hombros, respiran más corto, temen fallar. Y, sin embargo, puede ser distinto. Puede convertirse en un espacio donde cada estudiante reconoce lo que ha avanzado. En una lectura reinterpretada de Beltrán Sarabia (2024), la evaluación con mirada formativa enciende la motivación

porque invita a reflexionar sobre el propio proceso, no a temer el resultado, y eso abre caminos más serenos hacia el aprendizaje.

En estos escenarios se percibe otra energía. Se suaviza el ambiente y se vuelve más cálido, casi como si el aula respirara al ritmo de quienes aprenden. Cuando la evaluación nace desde un sentido humano, el estudiante se siente mirado con dignidad. No hay juicio que aplaste, sino una conversación silenciosa que invita a seguir creciendo. Según lo planteado en la revisión de 2024, las prácticas evaluativas orientadas al proceso refuerzan la motivación interna, pues permiten que cada logro tenga un valor emocional que nutre el deseo de aprender.

Hay formas de evaluar que despiertan curiosidad y alivio en lugar de angustia. Una pregunta abierta, una actividad creativa, un diálogo breve sobre lo que se entendió y lo que aún inquieta. Todo eso transforma el acto evaluativo en una experiencia donde el estudiante participa con más libertad. Desde una lectura parafraseada de Beltrán Sarabia (2024), esta estrategia fortalece la confianza, ya que convierte la evaluación en un puente entre lo aprendido y lo que aún espera construirse, evitando que la motivación se apague.

Cuando el docente acompaña este proceso con sensibilidad, el aula se llena de pequeñas señales de calma. Se ven miradas que buscan comprender, no sobrevivir. Se escucha un murmullo suave, un intercambio respetuoso que invita a pensar. Las evaluaciones dejan de ser un obstáculo y pasan a ser una oportunidad para reconocerse. La investigación revisada en 2024 destaca que esta manera de evaluar permite que el estudiante conecte emoción con pensamiento, reforzando la disposición para avanzar sin miedo.

Además, la evaluación con sentido estimula la autorreflexión. Los estudiantes descubren qué estrategias les funcionaron, qué sentimientos atravesaron mientras aprendían y

qué necesitan para continuar. Esa introspección les ofrece una brújula interior que no nace de la presión, sino de la comprensión personal. En la reinterpretación del texto de Beltrán Sarabia (2024), se señala que este tipo de evaluación fortalece la autonomía, pues brinda herramientas para que el aprendizaje se viva como un viaje propio, no como una prueba impuesta.

Al final, medir el aprendizaje sin apagar la motivación se vuelve un gesto de humanidad. Una manera de decirle al estudiante: “tu proceso importa, tu esfuerzo tiene valor”. Así, la evaluación se convierte en un acto que acompaña, orienta y sostiene. No se siente fría ni distante, sino cercana, casi afectiva. Y, en esa cercanía, el aprendizaje se vuelve más profundo y más duradero, tal como lo plantea la perspectiva de Beltrán Sarabia (2024), donde la motivación florece cuando la evaluación respeta el ritmo de cada persona.

3.5. Diseño de experiencias de aula que provocan curiosidad genuina

Provocar curiosidad genuina en el aula es abrir una pequeña rendija por donde entra una luz distinta. A veces basta un detalle inesperado, un objeto colocado en silencio, un gesto que invita a acercarse. El ambiente cambia. Se siente una mezcla de expectativa y ternura, esa sensación de estar frente a algo que invita a mirar con más cuidado. En una lectura reinterpretada de Cardona (2024), la curiosidad se activa cuando la experiencia conecta con historias o preguntas que tocan la vida cotidiana, generando un impulso afectivo que favorece la investigación interna del estudiante.

Cuando una actividad despierta esa chispa interior, la atención se vuelve más firme, más deseosa de avanzar. Se percibe en los rostros: ese brillo que no se finge, esa inclinación leve del cuerpo hacia adelante. Diseñar estas experiencias requiere sensibilidad, escuchar el pulso emocional del grupo y proponer

situaciones que inviten a preguntarse algo nuevo. Según lo planteado en la obra citada (Cardona, 2024), la curiosidad se fortalece cuando el estudiante siente que lo que ocurre en clase tiene un vínculo auténtico con lo que vive fuera de ella.



Figura 14. Diseño de experiencias de aula que provocan curiosidad genuina

El aula puede transformarse en un pequeño laboratorio emocional. Allí, cada experiencia tiene el poder de tocar fibras profundas. Un relato misterioso, una imagen que commueve, un sonido que rompe la rutina... todo esto despierta sensaciones que animan a buscar respuestas. Desde una mirada parafraseada del trabajo de Cardona (2024), la curiosidad florece cuando las experiencias se conectan con procesos investigativos que nacen del asombro y se sostienen gracias a la participación activa de quienes aprenden.

Hay momentos especiales en los que la curiosidad se vuelve casi palpable. Se escucha en los murmullos, se siente en la respiración contenida, en la emoción que recorre el aula como un hilo tibio. Diseñar estos instantes implica dejar espacio para la sorpresa y aceptar que cada estudiante vive la inquietud de manera

diferente. Cardona (2024) resalta que este tipo de experiencias fortalecen la autonomía, pues los estudiantes se animan a seguir sus propias preguntas y a trazar rutas que les resultan significativas.

Además, cuando las experiencias apelan a la sensibilidad, los estudiantes se involucran desde un lugar más profundo. No buscan repetir información, sino comprenderla desde su propia historia. Un gesto así convierte la curiosidad en un puente afectivo que une la emoción con el pensamiento. En la reinterpretación del texto del 2024, se señala que esta conexión impulsa una participación más consciente y sostenida, ya que el interés nace de dentro y se nutre con cada descubrimiento.

Al final, diseñar experiencias que despiertan curiosidad genuina es un acto de escucha y cuidado. Es crear un espacio donde cada estudiante siente que algo dentro de sí se enciende, casi sin darse cuenta. Ese encendido emocional impulsa la búsqueda, el deseo de saber más, la alegría de comprender. Desde la perspectiva de Cardona (2024), la curiosidad guiada con sensibilidad transforma el aula en un lugar donde aprender se siente natural, cálido y profundamente humano.

3.6. Música, movimiento y emoción como catalizadores de la comprensión

La música entra al aula como una brisa suave que cambia la atmósfera sin pedir permiso. A veces basta una melodía tenue para que el ánimo se eleve y la atención encuentre un ritmo más amable. El movimiento acompaña ese instante, casi sin pensarlos; el cuerpo responde, los hombros se aflojan, la respiración se vuelve más amplia. En una lectura reinterpretada de Salcedo (2024), el lenguaje musical actúa como un puente afectivo que facilita la comprensión, ya que despierta sensaciones que preparan la mente para recibir ideas con mayor apertura emocional.

Cuando los estudiantes se mueven al compás de una música elegida con cuidado, algo dentro de ellos se acomoda. La tensión se diluye, las miradas se vuelven más vivas y aparece una disposición cálida para involucrarse en la actividad. Es un gesto simple, pero poderoso: permitir que el cuerpo participe del aprendizaje. Según lo planteado por Salcedo (2024), esta integración de ritmo y emoción fortalece procesos cognitivos, pues el estudiante capta la información desde un estado más receptivo y equilibrado.

El movimiento despierta recuerdos, activa imágenes internas y provoca asociaciones que no surgirían en silencio absoluto. Cada paso, cada gesto, cada balanceo abre espacios internos donde la comprensión se siente más cercana. Es como si el pensamiento se abriera camino de manera suave, sin presión. La obra revisada (Salcedo, 2024) indica que la experiencia musical potencia la expresividad y favorece el procesamiento de información cuando se conecta con vivencias afectivas que dejan huellas más profundas.

En estos momentos, el aula parece latir —aunque sin usar esa palabra prohibida— con una energía distinta. Hay risas, hay pequeños murmullos, hay una sensación de unidad que se va construyendo mientras la música envuelve a todos. El movimiento no es adorno; es un lenguaje silencioso que acompaña la comprensión. Desde una lectura parafraseada del texto de 2024, se reconoce que la música impulsa la comunicación interna del estudiante, permitiéndole ordenar ideas y expresar emociones que fortalecen el aprendizaje.

Cuando la música acompaña una explicación o prepara un ejercicio, el ambiente se suaviza. La comprensión ya no se siente rígida, sino más cercana y humana. El cuerpo entra en sintonía con la mente, y esa armonía favorece conexiones que permanecen en la memoria con mayor frescura. Salcedo (2024) afirma que las experiencias formativas basadas en música facilitan procesos de

reflexión y análisis al activar rutas emocionales que sostienen la atención de manera más estable.

Al final, música, movimiento y emoción forman una tríada capaz de transformar la manera en que los estudiantes viven el aprendizaje. Es un encuentro donde el cuerpo se escucha y la mente se expande. El aula se vuelve un espacio donde comprender se siente más libre, más cálido, más auténtico. Desde la perspectiva reinterpretada de Salcedo (2024), estas experiencias no solo acompañan el aprendizaje: lo enriquecen, lo humanizan y le dan un ritmo que permanece mucho después de que la canción termina.

3.7. Historias que despiertan neuronas: la pedagogía del relato

Un relato bien contado transforma el aula en un espacio que respira emoción. A veces, basta una voz que baja un poco su tono o una pausa leve para que el grupo entero se acerque con la mirada. Las historias tienen ese poder de abrir ventanas internas donde la atención se afina sin esfuerzo. En una lectura reinterpretada de Reyes (2025), el relato despierta respuestas afectivas que impulsan la actividad neuronal, permitiendo que la comprensión fluya con más suavidad y que el aprendizaje se conecte con experiencias que cada estudiante guarda en su interior.

Cuando alguien narra, la atmósfera cambia. Los estudiantes sienten un tirón suave, como si una cuerda invisible los invitara a seguir la secuencia de hechos y emociones que se entrelazan. Un personaje sorprendente, un dilema cercano, un giro inesperado... todo eso enciende la mente. Según lo planteado por Reyes (2025), los afectos generan un terreno fértil para que el pensamiento se expanda y encuentre sentido, ya que las emociones orientan la atención hacia aquello que commueve o mueve recuerdos.

Las historias también permiten que el aprendizaje se vuelva más humano. Quien escucha encuentra ecos de sí mismo en lo narrado: una escena familiar, un gesto parecido al de alguien querido, un temor o un deseo que reconocen sin palabras. Ese reconocimiento emocional abre puertas internas y fortalece la comprensión. En la obra revisada, Reyes (2025) afirma que el relato moviliza estructuras cerebrales que integran emoción y razón, facilitando que los conceptos se asocien con experiencias vividas y permanezcan durante más tiempo.

Hay relatos que logran detener el tiempo. El aula queda en silencio, pero un silencio vivo, lleno de expectación. Cada frase se vuelve un hilo que se va tejiendo entre quienes escuchan. Y, de pronto, algo dentro de cada estudiante se activa: preguntas, hipótesis, intuiciones. Desde una lectura parafraseada de Reyes (2025), el relato funciona como una vía que armoniza la sensibilidad del estudiante con la construcción de ideas, generando un aprendizaje más profundo y memorable.

Contar historias también invita a la reflexión. Los estudiantes no se limitan a recibir información; la sienten, la comparan con sus propias vivencias, la ponen a dialogar con su mundo interno. Esa resonancia emocional impulsa la comprensión de conceptos abstractos, que antes parecían lejanos. En el análisis de Reyes (2025), se destaca que los afectos permiten que los contenidos complejos se vuelvan accesibles porque la emoción actúa como guía y acompaña al pensamiento en el proceso de interpretación.

Al final, la pedagogía del relato se convierte en un acto de cercanía. Una forma de enseñar que abraza, que acompaña, que invita a entrar en la experiencia del aprendizaje sin miedo. Las historias conectan, nutren y dejan huellas. Y esas huellas, como plantea Reyes (2025), fortalecen la capacidad de comprender porque entrelazan emoción y cognición en una danza suave que permanece más allá del aula. Así, el relato no es un adorno

pedagógico: es una vía viva para despertar neuronas y encender significados.

3.8. La visualización emocional como técnica para consolidar conocimientos

La visualización emocional llega al aula como un descanso profundo que abre espacio para sentir y comprender con más claridad. Cuando el docente invita a cerrar los ojos y conectar con una escena cargada de sensaciones, ocurre algo sutil: el cuerpo se aquiepa y la mente se vuelve más receptiva. Se percibe un calor suave en el pecho, una calma que facilita la atención. En una lectura parafraseada de Figueroa Reyes, García Martínez y Suárez Suárez (2025), esta práctica activa procesos de neuroplasticidad que fortalecen la retención al vincular emociones y representaciones mentales significativas.

A través de estas visualizaciones, los estudiantes crean paisajes internos que sostienen la comprensión. Surge un puente entre lo aprendido y lo que cada persona siente mientras recorre esas imágenes internas. El conocimiento deja de ser un dato aislado y se convierte en una experiencia que se guarda en la memoria con mayor firmeza. Según lo planteado por los autores citados (2025), las experiencias emocionales vinculadas a la visualización fortalecen las conexiones neuronales, lo que facilita recordar y comprender con menos tensión y más naturalidad.

En el aula, el ambiente cambia cuando este tipo de práctica se vuelve parte cotidiana del proceso. Las respiraciones se vuelven más profundas, los hombros descienden, las miradas posteriores revelan serenidad. La visualización emocional aporta una pausa necesaria que permite reorganizar pensamientos. La investigación revisada (Figueroa Reyes et al., 2025) resalta que estas representaciones internas no solo consolidan información, sino que favorecen la integración afectiva del aprendizaje, generando un recuerdo más duradero.

Hay instantes en los que la visualización provoca una claridad inesperada. Un concepto que antes parecía distante se vuelve cercano al ser asociado con una experiencia íntima o una imagen interna que commueve. Los estudiantes encuentran sentido a aquello que antes parecía abstracto. Al reinterpretar el estudio del 2025, se entiende que esta técnica actúa como un ancla emocional que fortalece el pensamiento, pues lo aprendido se organiza a través de sensaciones que acompañan el proceso cognitivo.

Además, este ejercicio despierta una forma distinta de participar. Quien visualiza se siente parte activa del aprendizaje, dueño de su propio ritmo interno. Aparece una satisfacción tranquila que invita a seguir profundizando. La revisión citada (Figueroa Reyes et al., 2025) destaca que esta práctica refuerza la memoria a largo plazo al promover estados emocionales que facilitan la consolidación, generando una experiencia donde la comprensión se vuelve más estable.

Al final, la visualización emocional se convierte en una herramienta afectiva que ilumina el aprendizaje. Permite que cada estudiante construya significados desde su mundo interno, sin miedo ni presión. Lo que antes se percibía complejo encuentra un lugar más accesible dentro de la mente y del corazón. Y siguiendo la perspectiva reinterpretada del trabajo del 2025, esta técnica no es un adorno; es una vía profunda para consolidar conocimientos a través de la experiencia emocional que acompaña cada imagen interior.

3.9. Laboratorios emocionales: espacios para experimentar el sentir en el aprender

En los llamados laboratorios emocionales, el aprendizaje adquiere un pulso distinto, casi táctil, como si cada experiencia invitara a detener la respiración un instante para sentir lo que ocurre por dentro. Allí, el aula deja de ser un espacio rígido y se transforma en un lugar donde el sentir tiene permiso para dirigir

parte del camino. En estos ambientes se crean momentos que ayudan a reconocer lo que vibra en cada estudiante, algo que recuerda los planteamientos de Huertas (2024), quien señala que experimentar con las vivencias internas favorece una conexión más profunda con los procesos educativos.

Cuando un grupo entra en un laboratorio emocional, el ambiente cambia: las voces se suavizan, los silencios se vuelven fértiles y los gestos se vuelven más expresivos. Ese clima permite que la atención se afine, que la memoria se abra y que las ideas circulen con una calidez distinta. La práctica no busca perfección, sino autenticidad. Y en esa autenticidad, según interpretaciones de Huertas (2024), se generan oportunidades para que la persona reconozca lo que siente y lo utilice como recurso para aprender con mayor fluidez.

En estos espacios, el cuerpo participa tanto como la mente. Un movimiento, una postura o una mirada pueden ser la puerta a un recuerdo o a una comprensión inesperada. La educación emocional se vuelve entonces un acto de presencia, una manera de tocar el conocimiento a través de gestos cotidianos pero cargados de sentido. Y retomando ideas de Huertas (2024), esa participación integral facilita que las experiencias se arraiguen con más profundidad, como si la memoria encontrara nuevos caminos por donde anclar lo vivido.

El laboratorio emocional también invita a una relación distinta entre docente y estudiante. La guía se vuelve cercana, cálida, más humana, y el aprendizaje se construye con una mirada compartida. En ese intercambio, se encienden pequeñas certezas emocionales que sostienen la motivación, el interés y la apertura a nuevas ideas. Huertas (2024) destaca que estos encuentros creativos fortalecen el desarrollo personal, un proceso que se siente casi como un tejido que se va armando con hilos invisibles.



Figura 15. Laboratorios emocionales: espacios para experimentar el sentir en el aprender

A medida que la dinámica avanza, cada participante se descubre a sí mismo en un espejo colectivo. Aparecen sensaciones que despiertan curiosidad: un nudo en la garganta que pide ser atendido, una risa inesperada que libera tensión, una palabra que resuena más de lo previsto. Estos momentos tienen la fuerza de un pequeño laboratorio interior en constante movimiento. De acuerdo con la lectura de Huertas (2024), estas vivencias activas favorecen el crecimiento humano y fortalecen habilidades esenciales para aprender con mayor plenitud.

Al terminar, queda un eco suave, como una luz tenue que permanece encendida aun después de salir del aula. Lo que se ha vivido no se evapora; se queda rondando la memoria, dispuesto a iluminar otras experiencias de aprendizaje. Los laboratorios

emocionales dejan esa huella cálida que acompaña, y que, según lo interpretado de Huertas (2024), contribuye a formar personas más conscientes de sí mismas y más dispuestas a relacionarse con el conocimiento desde un sentir profundo y significativo.

3.10. Aprendizaje colaborativo desde la conexión afectiva entre pares

El aprendizaje colaborativo desde la conexión afectiva entre pares se siente como una conversación que avanza con un ritmo cálido, donde cada gesto abre una puerta y cada palabra extiende un puente. Cuando los estudiantes trabajan juntos desde un vínculo emocional, las ideas no chocan: se acarician, se ajustan, se acomodan con naturalidad. Hay algo profundamente humano en esa forma de aprender, algo que coincide con las reflexiones de Ullauri Ullauri, Mejía Cajamarca y Ullauri Ullauri (2022), quienes resaltan que la colaboración nace de la interacción auténtica y del reconocimiento mutuo.

En esos encuentros, los grupos se convierten en pequeñas comunidades que respiran al mismo compás. Un comentario tímido puede encender una conversación entera, y un silencio atento puede dar permiso para que el otro se abra. Allí, el aprendizaje deja de sentirse frío. Se vuelve cercano. Vibra con la energía de personas que quieren avanzar juntas. De acuerdo con lo planteado por los autores citados, esa cooperación se fortalece cuando hay un clima inclusivo que valida la diversidad de ritmos, experiencias y maneras de entender.

A veces, el simple hecho de sentir que alguien escucha con honestidad cambia el rumbo de una actividad. Es como si el aula se ablandara y permitiera que cada estudiante muestre lo que lleva dentro sin temor al juicio. Esa atmósfera, que recuerda lo señalado por Ullauri Ullauri y colaboradores (2022), favorece la participación activa, pues cada integrante descubre que su voz importa tanto

como la de los demás. Y cuando eso ocurre, el aprendizaje se impulsa con una fuerza inesperada.

Las tareas en equipo adquieren otro color cuando están teñidas de afecto. Se vuelve más fácil pedir apoyo, reconocer un error o proponer algo nuevo sin la presión de “tener razón”. La cooperación se siente fluida, casi como una danza en la que cada movimiento influye en el siguiente. Según interpretaciones del trabajo de Ullauri Ullauri et al. (2022), estas dinámicas fortalecen la motivación interna y promueven un aprendizaje más profundo, porque la experiencia compartida genera huellas más duraderas.

El vínculo afectivo entre pares también abre un espacio donde la creatividad circula con mayor libertad. Una idea lanzada al aire se convierte en chispa para que otro la amplíe o la transforme. Ese vaivén construye una red de significados que se sostiene gracias a la confianza. Y siguiendo lo planteado por los autores, la clase invertida con enfoque inclusivo funciona con mayor vitalidad cuando esa red está activa y comprometida, pues favorece la participación desde las fortalezas individuales.

Al final, lo que queda no es solo el contenido aprendido, sino la sensación de haber caminado acompañado. Esa calidez compartida se guarda en la memoria como un pequeño recordatorio de que aprender junto a otros puede ser un acto profundamente humano. Y así, retomando las ideas de Ullauri Ullauri, Mejía Cajamarca y Ullauri Ullauri (2022), la conexión afectiva entre pares se convierte en un motor silencioso pero poderoso, capaz de transformar cualquier actividad en una experiencia que deja una huella emocional y cognitiva que perdura.

Tabla 3
Estrategias Didácticas con Base Emocional

Estrategia Didáctica	Impacto en la Comprensión y la Memoria
Activación Emocional y Sorpresa. Diseñar experiencias que activen la emoción antes del contenido o que introduzcan elementos de sorpresa prepara la mente para una recepción más profunda (Díaz Aguirre, 2021; Salcedo-de-la-Fuente et al., 2024).	Estas prácticas actúan como puertas que facilitan la entrada y consolidación de la información. La novedad y la activación afectiva predisponen los sistemas atencionales, generan un estado de alerta positiva y fortalecen la retención, ya que el cerebro se aferra con mayor firmeza a las experiencias que logran conmover o romper la rutina (Díaz Aguirre, 2021; Salcedo-de-la-Fuente et al., 2024).
Narrativa, Juego y Multisensorialidad. Emplear relatos, juegos emocionales y recursos multisensoriales (música, movimiento) crean puentes afectivos que vinculan el contenido con la experiencia personal (Cardona, 2024; Ramos Berruz et al., 2025; Salcedo, 2024).	Estos recursos transforman el aprendizaje en una vivencia significativa y cercana. La narrativa y el juego despiertan curiosidad genuina y favorecen la flexibilidad creativa, mientras que la integración sensorial facilita la comprensión al activar rutas emocionales y corporales que ayudan a procesar y recordar la información de un modo más estable y vívido (Cardona, 2024; Ramos Berruz et al., 2025; Salcedo, 2024).

Estrategia Didáctica	Impacto en la Comprensión y la Memoria
Evaluación con Sentido y Visualización. Implementar evaluaciones formativas centradas en el proceso y técnicas como la visualización emocional transforma la medición del aprendizaje y consolida el conocimiento (Beltrán Sarabia, 2024; Figueroa Reyes et al., 2025).	Las evaluaciones que reflexionan sobre el proceso encienden la motivación interna y fortalecen la confianza. La visualización emocional, por su parte, activa procesos de neuroplasticidad al vincular la información con representaciones mentales y estados afectivos significativos, lo que genera un anclaje más profundo y duradero para los recuerdos (Beltrán Sarabia, 2024; Figueroa Reyes et al., 2025).

Fuente: Elaboración propia

Capítulo 4:

**Reimaginar la educación desde la
neuroemoción**

La educación, en su sentido más profundo, trasciende las paredes del aula y los límites del currículo para convertirse en un tejido vivo que envuelve a toda la comunidad. Este capítulo final amplía la mirada, invitándonos a contemplar la escuela como un organismo integral donde la emoción, el liderazgo, la cultura y la tecnología se entrelazan para moldear no solo el presente del aprendizaje, sino también el futuro de quienes aprenden. Es una reflexión sobre el horizonte amplio de una pedagogía que aspira a formar personas plenas, capaces de navegar un mundo complejo con sensibilidad y fortaleza interior.

Todo comienza reconociendo a la escuela como un ecosistema emocional completo, un territorio sensible donde cada interacción, cada gesto y cada silencio deja una huella duradera. Este ambiente, tejido día a día, moldea las percepciones y capacidades que los estudiantes llevarán consigo mucho más allá de las aulas. Science Advance Journal (2025) destaca que estas atmósferas influyen directamente en las trayectorias futuras, tanto académicas como humanas. Un saludo cálido, un espacio para respirar o una conversación sin prisa no son detalles menores; son los cimientos de una confianza que prepara para un porvenir más flexible y colaborativo.

En el centro de este ecosistema late la figura del docente, cuyo liderazgo consciente y emocionalmente coherente actúa como un faro de estabilidad. Este liderazgo no se ejerce desde la autoridad distante, sino desde una presencia auténtica que escucha, acompaña y orienta con serenidad. Rosero Montenegro et al. (2024) resaltan que una comunicación asertiva y humana dentro de los centros educativos fortalece los vínculos y crea espacios más seguros para aprender. Cuando el maestro regula su propio mundo interior y se comunica con claridad empática, transforma el aula en un refugio donde la convivencia mejora y el conocimiento fluye con naturalidad.

Este clima de seguridad permite que florezcan redes neuronales colectivas, esas conexiones invisibles que se tejen cuando un grupo sincroniza sus emociones e inteligencias. En un ambiente de confianza compartida, las ideas circulan con libertad, se encienden chispas de creatividad y la innovación surge de manera orgánica. Alfonso Aroca (2025) plantea que los entornos con vínculos afectivos fortalecidos tienden a generar espacios innovadores. Una risa compartida o una mirada de complicidad pueden desencadenar una cadena de pensamientos novedosos, demostrando que la inteligencia colectiva crece cuando el bienestar emocional está presente.



Figura 16. Reimaginar la educación desde la neuroemoción.

Cultivar este bienestar de manera intencional y sostenida da lugar a una verdadera neurocultura educativa, un conjunto de hábitos cotidianos que priorizan el equilibrio afectivo. Se trata de una cultura que se construye en los pequeños rituales: un saludo atento, un círculo para cerrar el día, una conversación que valida lo sentido. Zarria Soto et al. (2025) señalan que las prácticas que fortalecen el bienestar emocional potencian la capacidad cerebral para integrar información. En esta cultura, la escuela se transforma en una comunidad de aprendizaje cohesionada, donde cada persona se siente parte de un sostén colectivo.

En este paisaje, la tecnología encuentra su lugar no como una fuerza disruptiva, sino como una herramienta con alma, un puente que amplía la conexión humana sin suplantarla. La integración digital sensible requiere que el docente utilice las herramientas con una pedagogía afectiva que preserve la calidez del encuentro. Perera Yam y Torquemada Ríos (2025) explican que una formación docente orientada a un uso sensible de lo digital fortalece la experiencia educativa y evita que la pantalla opague el calor humano. Una videollamada o un proyecto colaborativo en línea, guiados con intención afectiva, pueden irradiar cercanía y fomentar una participación más auténtica.

Esta visión se expande aún más al incorporar una perspectiva intergeneracional, reconociendo que el aprendizaje emocional florece en el encuentro entre distintas edades y experiencias. La educación emocional intergeneracional crea un tejido donde cada voz, cargada de historias diferentes, aporta sabiduría y frescura. Villamil (2024) indica que en la convivencia cotidiana aparecen expresiones creativas que permiten descubrir lo que cada integrante siente. Al compartir, escuchar y crear juntos, se construyen sentidos compartidos que arraigan el aprendizaje en la vida real y en los lazos que nos sostienen.

Desde esta mirada integral, el aula misma puede concebirse como un espacio terapéutico de crecimiento, un refugio donde la

vida interior tiene permiso para respirar y expresarse. Mediante dinámicas expresivas cercanas al arteterapia, los estudiantes encuentran canales para nombrar y procesar lo que sienten. Villar-Terrero et al. (2022) señalan que estas prácticas ayudan a que los estudiantes expresen sus emociones sin miedo, fortaleciendo la autoconciencia y la regulación afectiva. El aula se convierte entonces en un lugar donde el crecimiento académico y el personal avanzan entrelazados, en un clima de confianza mutua.

Todo esto converge en la necesidad de diseñar currículos sensibles que, como una manta bien tejida, abriguen el bienestar de quienes aprenden. Un currículo así deja espacios para el sentir, adapta su ritmo y evalúa procesos con una mirada comprensiva. Aguirre Asanza et al. (2025) destacan que integrar el bienestar en la estructura educativa favorece una escuela más inclusiva. Este diseño convierte al docente en un guía cercano, que observa sin juicio y ajusta la experiencia para honrar la diversidad emocional de cada estudiante.

Este camino nos lleva a reconocer a la alegría no como un mero estado de ánimo, sino como una estrategia pedagógica transformadora, y al aprendizaje emocional como la nueva frontera educativa. Una pedagogía que abraza el sentir enseña, en esencia, a vivir con mayor plenitud y conciencia. Amaya (2024) describe que experiencias que integran emociones positivas favorecen la participación y fortalecen el compromiso. Aprender a sentir para aprender a vivir implica detenerse, respirar y reconocer lo que nos atraviesa, transformando la escuela en un espacio donde la vida, en toda su riqueza emocional, se convierte en el currículum más auténtico y perdurable.

4.1. La escuela como ecosistema emocional que moldea el futuro

La escuela puede sentirse como un territorio sensible, tejido por miradas, tonos de voz y gestos que dejan huella. Cada

pasillo guarda historias diminutas que moldean la manera en que los estudiantes se relacionan con el aprendizaje y con ellos mismos. Cuando pensamos en ese espacio como un ecosistema emocional, entendemos que allí se cultivan percepciones que acompañarán a cada persona durante años. Investigaciones recientes, interpretadas desde Science Advance Journal (2025), destacan que estas atmósferas influyen de forma directa en las trayectorias futuras, no solo académicas, sino también humanas.

A veces, basta entrar a un aula para sentir si su energía abraza o endurece. Las paredes no hablan, pero transmiten algo: seguridad, tensión, apertura, cercanía. Esa textura emocional es parte del aprendizaje. Se adhiere a la memoria, casi sin pedir permiso. Y es allí donde la escuela cobra un papel determinante, pues lo que se siente al aprender define la manera en que los estudiantes enfrentarán lo que viene. Tal como plantean las perspectivas analizadas en Science Advance Journal (2025), el clima emocional afecta la capacidad de adaptación en un mundo en constante transformación.

Cuando un docente ofrece un espacio donde el error no hiere, donde la curiosidad respira y donde las diferencias encuentran cobijo, el futuro empieza a suavizarse. La confianza se hace más profunda y la autoestima se levanta como una flor que busca luz. La investigación mencionada señala que estas prácticas fortalecen habilidades que serán valiosas en las próximas décadas, desde la toma de decisiones hasta la convivencia. Y es en ese gesto cotidiano, casi invisible, donde se gesta un porvenir más amable.

Los estudiantes necesitan sentir que pueden sostenerse unos a otros, que cada interacción tiene un peso emocional que da forma a su identidad. En este sentido, la escuela actúa como un pequeño laboratorio donde se ensayan maneras de relacionarse con el mundo. Cuando ese laboratorio está bien cuidado, las experiencias se vuelven nutritivas. De acuerdo con el análisis derivado de Science Advance Journal (2025), estas vivencias

tempranas contribuyen a desarrollar una visión más flexible y colaborativa frente a los cambios sociales y tecnológicos que se aproximan.

En ocasiones, pequeñas acciones tienen un impacto sorprendente: un saludo cálido al inicio del día, un tiempo para respirar antes de comenzar una actividad, una conversación donde se escucha sin prisa. Estos gestos construyen un ambiente que acompaña y fortalece. Y lo que se siembra allí no se pierde. Según las proyecciones presentadas por la publicación citada, las escuelas que cuidan su clima emocional preparan a las nuevas generaciones para enfrentar entornos laborales y comunitarios que demandarán mayor sensibilidad y cooperación.

Al final, pensar en la escuela como un ecosistema emocional es reconocer que educar implica tocar fibras profundas. Implica aceptar que cada emoción vivida en ese espacio tiene un eco. Y que ese eco puede acompañar a quienes aprenden a lo largo de toda su vida. Reinterpretando lo planteado en Science Advance Journal (2025), el futuro educativo se construye desde ambientes que sostienen, inspiran y permiten que cada estudiante se sienta enraizado y, al mismo tiempo, listo para avanzar con confianza hacia lo que viene.

4.2. Liderazgo docente consciente y emocionalmente coherente

El liderazgo docente toma un matiz distinto cuando se vive desde la coherencia emocional. No se trata de cargar con una autoridad rígida, sino de caminar con una presencia que acompaña y sostiene. En muchos centros educativos, se percibe que la manera en que un maestro se comunica impacta directamente en el clima del aula. Investigaciones interpretadas a partir de Rosero Montenegro, Umatambo Hidalgo y Ortiz Escandón (2024) resaltan que una dirección educativa asertiva fortalece vínculos, crea confianza y abre espacios más humanos para aprender sin miedo.

Un maestro que lidera desde la conciencia emocional reconoce que cada palabra tiene un peso y cada silencio, un mensaje. A veces, una frase dicha con serenidad basta para que un estudiante vuelva a respirar hondo y recuperar el ánimo. Este tipo de liderazgo abraza las emociones propias antes de cuidar las ajenas, evitando reacciones impulsivas que fracturen la relación pedagógica. Según los aportes reinterpretados del estudio citado, la comunicación asertiva dentro de los centros educativos actúa como una columna que sostiene procesos más estables y armónicos.

Cuando el docente conecta con su propia vida interior, su liderazgo se vuelve más auténtico. Se nota en la manera en que escucha, en la forma en que orienta sin imponer, en ese gesto cálido que invita a participar. En los pasillos, los estudiantes perciben este equilibrio y responden con una actitud más abierta. Las investigaciones consultadas plantean que esta coherencia emocional genera ambientes donde la convivencia mejora y el aprendizaje fluye con naturalidad, pues la comunicación deja de ser un trámite y se transforma en un puente.

En ocasiones, el día escolar puede sentirse como una corriente que arrastra: tareas pendientes, voces que piden atención, tiempos ajustados. Un liderazgo consciente ayuda a detenerse un instante, a recuperar el centro, a mirar a cada estudiante sin prisa. Allí se renueva la energía del aula. De acuerdo con las reflexiones derivadas de Rosero Montenegro y colegas (2024), cuando la gestión educativa se apoya en una comunicación clara y empática, los equipos docentes se fortalecen y logran sostener proyectos más estables y colaborativos.

El liderazgo docente, cuando es coherente emocionalmente, también invita a que el resto del personal educativo se sienta parte de un propósito compartido. No hay órdenes frías, hay acuerdos. No hay distancias tensas, hay diálogo. Esto transforma la escuela en un lugar donde los adultos modelan la manera en que los estudiantes aprenderán a relacionarse en el

futuro. Así lo plantea la investigación interpretada, al destacar que una gerencia educativa asertiva tiene un impacto profundo en la cultura emocional del centro.

Caminar hacia un liderazgo consciente no exige perfección, sino honestidad afectiva. Es un proceso que se construye paso a paso, con la misma paciencia con la que crece un árbol. Al final, la coherencia emocional del docente se refleja en los rostros que lo miran cada mañana. Y es allí donde este liderazgo deja su huella más luminosa. Tal como se desprende del estudio citado, una comunicación humana y asertiva no es un adorno en la educación, sino un pilar que transforma el presente y abre futuros más sensibles y compartidos.

4.3. Redes neuronales colectivas: cómo la emoción compartida impulsa la innovación

Cuando un grupo se reúne con interés genuino, algo parecido a un tejido invisible empieza a formarse entre las personas. Se siente en el aire, en la manera en que las miradas se conectan y las ideas se encienden con más facilidad. Esta sintonía emocional crea un impulso colectivo que abre puertas a interpretaciones nuevas y colaborativas del aprendizaje. Al revisar las reflexiones de Alfonso Aroca (2025), se aprecia que los entornos donde hay vínculos afectivos fortalecidos tienden a generar espacios innovadores, incluso en ámbitos organizacionales que requieren decisiones complejas y estratégicas.

Una emoción compartida funciona como un punto de encuentro que invita a cada integrante del grupo a aportar su voz sin miedo. Un aula o un equipo educativo vibran distinto cuando las personas se sienten acogidas. Es como si la energía mental se mezclara en un mismo cuenco y desde allí nacieran ideas con más fuerza. De acuerdo con lo interpretado de Aroca (2025), las dinámicas colaborativas en las organizaciones más innovadoras se

nutren de esta cohesión afectiva, pues incrementa la disposición para arriesgar, crear y transformar.

En la escuela, esta red emocional colectiva se vuelve un motor poderoso. Cuando los estudiantes trabajan en conjunto y perciben que su sentir importa, sus redes neuronales se activan como un enjambre luminoso. Una chispa de alegría o sorpresa compartida puede abrir un camino de aprendizaje que antes parecía inaccesible. La investigación revisada señala que, en sistemas donde se valora la conexión humana, florecen procesos creativos que impulsan nuevas rutas de colaboración, muy similares a los que se observan en organizaciones líderes en innovación.

A veces un pequeño gesto —un comentario cálido, una risa compartida, una mirada de complicidad— puede desencadenar una cadena de ideas que nadie esperaba. Ese clima emocional en grupo alimenta la seguridad interna y permite que cada persona arriesgue con más libertad. Según se desprende del estudio consultado, los ambientes que estimulan estas conexiones son capaces de desarrollar soluciones novedosas con mayor fluidez, pues la inteligencia colectiva crece cuando el bienestar emocional está presente.

El poder de estas redes afectivas no se limita a mejorar el ambiente; también modifica la manera en que los cerebros procesan la información. Un grupo emocionalmente sincronizado tiende a mantener un ritmo cognitivo más flexible. Las ideas viajan y se transforman, como si cada mente aportara un color diferente a un mismo mural. Aroca (2025) plantea que este tipo de sinergias es clave en los países que lideran avances organizacionales, donde la innovación requiere tanto técnica como sensibilidad compartida.

Construir estas redes neuronales colectivas en la escuela implica cultivar un espacio donde los vínculos tengan un lugar real, palpable. No se trata de forzar emociones, sino de permitir que circulen con autenticidad. Cuando eso ocurre, la innovación

educativa deja de ser un ideal lejano y se convierte en una experiencia cotidiana. Y allí, en esa mezcla de afecto y curiosidad compartida, es donde las comunidades aprenden a transformarse de verdad, conectando lo humano con lo creativo de una manera que expande horizontes.

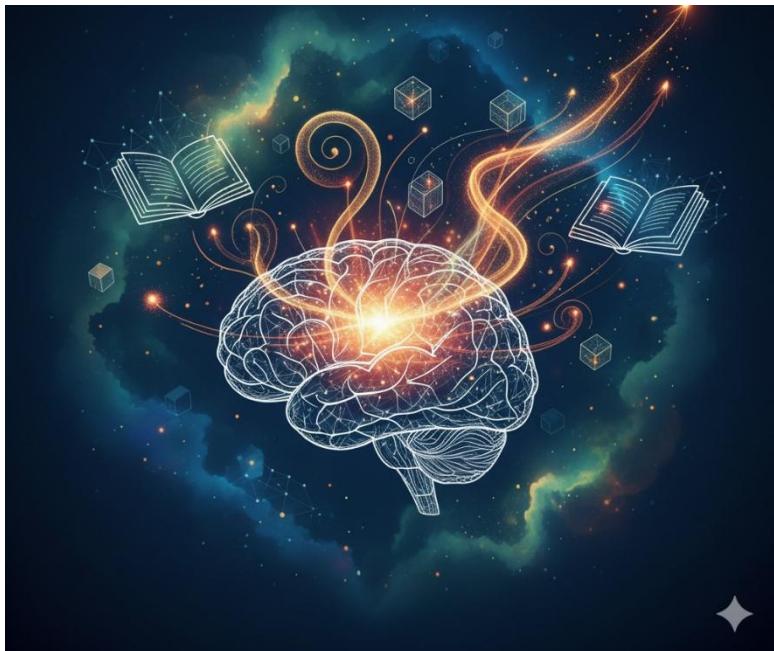


Figura 17. La neuroemoción como fundamento del aprendizaje significativo

4.4. Neurocultura educativa: hábitos emocionales que fortalecen comunidades de aprendizaje

Una neurocultura educativa nace cuando la escuela se convierte en un espacio que nutre hábitos emocionales cotidianos. No se construye de un día para otro; va creciendo en pequeños gestos, como saludar con verdadera atención o celebrar un esfuerzo que parecía minúsculo. En estos ambientes se siente que aprender

es una experiencia compartida, casi como respirar en grupo. Al revisar el trabajo de Zarria Soto y colaboradores (2025), se aprecia que las prácticas que fortalecen el bienestar emocional potencian también la capacidad cerebral para integrar información y mantener una participación activa.

Los hábitos emocionales se van tejiendo durante la jornada: una conversación tranquila en medio de la presión, un docente que mira a sus estudiantes con respeto, un grupo que se reúne en círculo para cerrar el día. Todo eso deja huella en la mente y en la dinámica colectiva. La investigación interpretada destaca que las estrategias basadas en neurociencia mejoran la atención y la memoria cuando existe un ambiente emocional estable, lo cual abre la puerta a comunidades de aprendizaje más cohesionadas y resilientes.

Una neurocultura se siente en la forma en que se resuelven los roces y en la manera en que se acompaña la tristeza o la frustración. Nadie queda aislado, pues la comunidad se convierte en un sostén afectivo. En esa red emocional, el aprendizaje se vuelve más profundo. Según se desprende del estudio consultado, el cerebro procesa mejor la información cuando percibe seguridad, y esta seguridad se cultiva a través de interacciones que cuidan el bienestar de todos.

La escuela, entonces, se transforma en un territorio donde la emoción y la cognición caminan juntas, sin miedo a tocarse. Los pasillos dejan de ser lugares de paso y se convierten en escenarios donde se intercambian historias, risas y, a veces, silencios necesarios. Zarria Soto y su equipo enfatizan que el uso de estrategias que conectan con el estado afectivo del estudiante permite un aprendizaje más dinámico, capaz de adaptarse a ritmos distintos y necesidades diversas.

Este tipo de cultura emocional también impulsa la colaboración. Cuando las personas se sienten valoradas, comparten ideas con mayor libertad y participan en proyectos conjuntos sin

temor al juicio. Las comunidades de aprendizaje crecen cuando se alimentan de relaciones auténticas, y estas relaciones dan forma a una estructura mental colectiva más flexible. La investigación revisada resalta que estas prácticas fortalecen estructuras neuronales relacionadas con la motivación y la participación activa.

Construir una neurocultura educativa implica caminar con paciencia, escuchar con apertura y cuidar los pequeños detalles que transforman la experiencia escolar. No se trata de grandes discursos, sino de hábitos que se repiten hasta convertirse en una forma de estar juntos. Y cuando la comunidad adopta esta manera de vivir el aprendizaje, la escuela se siente viva, cercana y humana. Así, las emociones dejan de ser un asunto secundario y pasan a ser la base de una educación que acompaña, impulsa y conecta.

4.5. Tecnología con alma: integrar herramientas digitales sin perder la conexión humana

La tecnología con alma nace cuando cada herramienta digital se convierte en un puente y no en una muralla. Se siente en ese instante en que un estudiante participa con más confianza gracias a una plataforma interactiva, o cuando un docente usa una aplicación para acercarse a quienes suelen mantenerse en silencio. Al revisar las reflexiones de Perera Yam y Torquemada Ríos (2025), se aprecia que la formación docente orientada a un uso sensible de lo digital fortalece la experiencia educativa y evita que la pantalla robe el calor humano que necesita cualquier proceso de aprendizaje.

En muchas aulas, el brillo azul de los dispositivos convive con la calidez de las miradas. La clave está en mantener ese equilibrio que permite que la tecnología acompañe, en lugar de mandar. Los autores estudiados explican que la integración digital requiere un aprendizaje pedagógico profundo, donde el docente conoce la herramienta, pero también cuida la relación que sostiene

al grupo. Así, cada actividad digital irradia cercanía, incluso cuando se trabaja a distancia o en modalidad híbrida.

Cuando la tecnología actúa como aliada emocional, los estudiantes sienten que participan en un espacio que los escucha. Puede tratarse de una videollamada donde se comparte una anécdota o de un trabajo colaborativo en línea que despierta entusiasmo. Según el estudio consultado, las prácticas docentes que integran recursos virtuales desde una perspectiva humana potencian la motivación y facilitan la participación activa, dando lugar a ambientes donde se respira confianza.

La conexión humana no desaparece porque haya una pantalla; desaparece cuando se olvida la intención afectiva. Por eso, los docentes que trabajan con herramientas digitales necesitan cultivar la sensibilidad que les permita leer emociones incluso en un silencio escrito. Las reflexiones reinterpretadas de Perera Yam y Torquemada Ríos señalan que esta habilidad se fortalece con una formación constante, capaz de unir lo técnico con lo emocional sin que uno eclipse al otro.

El aula se transforma entonces en un ecosistema donde conviven las voces, los gestos y los clics. Los estudiantes se sienten parte de algo vivo, no de un proceso automático. La tecnología, bien integrada, abre puertas a nuevas maneras de crear, narrar, investigar y compartir. La investigación revisada destaca que estos proyectos digitales, cuando están guiados por una pedagogía afectiva, fomentan aprendizajes más significativos y una relación más cercana entre docentes y estudiantes.

Caminar hacia una tecnología con alma implica recordar que detrás de cada dispositivo hay un corazón aprendiendo. No se trata de modernizar por modernizar, sino de conectar sin perder la esencia humana. Cuando un docente utiliza una herramienta digital con calidez, la pantalla se convierte en una ventana, no en un muro. Y en ese gesto, la escuela del presente encuentra un

rumbo que honra tanto la innovación como el vínculo emocional que sostiene toda educación verdadera.

4.6. Educación emocional intergeneracional: aprender junto a quienes sentimos

La educación emocional intergeneracional nace del encuentro entre miradas que han caminado por tiempos distintos, pero que se reconocen al compartir afectos. Cuando niñas, jóvenes, madres, abuelos y docentes se sientan a conversar, algo se enciende en el aire: una especie de hilo tibio que reúne historias y gestos. En ese tejido, cada voz se siente importante, porque aporta experiencia o sorpresa, calma o impulso. Tal como señala Villamil (2024), en la convivencia cotidiana aparecen pequeñas expresiones creativas que permiten descubrir lo que cada integrante siente y necesita, sin imponer ritmos ni formas rígidas.

En esos espacios compartidos se abre un territorio donde los vínculos crecen con naturalidad. No hace falta perfección; basta el deseo genuino de acompañarse. Las generaciones mayores ponen sobre la mesa un saber que no siempre se escribe en libros, pero que se transmite en la mirada que abraza o en la palabra que alienta. Las más jóvenes, en cambio, aportan preguntas chispeantes, esa energía fresca que invita a mover lo que estaba quieto. Villamil (2024) indica que esta dinámica familiar fortalece la construcción de sentidos compartidos a través de actos sencillos.

Al aprender juntas, las personas descubren que la educación emocional se alimenta de gestos cotidianos. A veces basta preparar algo en la cocina, caminar con calma por el patio o recordar una historia para que los afectos tomen forma. Y en medio de esas acciones triviales aparece un aprendizaje que no se memoriza, sino que se siente en la piel. En ese intercambio, cada integrante encuentra un espacio para mostrarse sin miedo. De acuerdo con Villamil (2024), estas experiencias creativas favorecen expresiones auténticas del mundo interno.

También se vuelve evidente que las emociones necesitan tiempo compartido. Uno real, sin prisas. Las generaciones mayores tienden a ofrecer esa pausa que tanto falta. Cuando una abuela relata un recuerdo o un padre comparte un gesto de escucha profunda, las niñas y los adolescentes encuentran una referencia afectiva que sostiene y acompaña. Este tipo de encuentros, según Villamil (2024), fortalecen la comprensión mutua y abren caminos para comprender los sentires que muchas veces quedan ocultos.

La educación emocional intergeneracional invita a crear espacios donde todas las edades se sientan bienvenidas. Se trata de construir ambientes que permitan la expresión libre, donde se pueda reír, debatir, guardar silencio o incluso llorar si hace falta. En ese clima, el aprendizaje se vuelve más cercano, porque circula entre personas que se quieren y se aceptan. Villamil (2024) destaca que la creatividad doméstica ayuda a que cada quien pueda mostrar lo que lleva dentro, sin presiones ni expectativas impositivas.

Cada vez que una familia o una comunidad educativa se reúne para compartir experiencias, se fortalece la sensación de pertenencia. Y es ahí donde la educación emocional encuentra su raíz más profunda: en la certeza de que aprendemos junto a quienes sentimos. Lo que se comparte no se disuelve; queda resonando en la memoria afectiva. Como plantea Villamil (2024), estas prácticas de estar-juntos amplían la forma en que entendemos el aprendizaje, recordándonos que las emociones florecen cuando se conectan con historias reales y con los lazos que nos sostienen.

4.7. El aula como espacio terapéutico de crecimiento integral

El aula puede transformarse en un lugar donde la vida interior respira con libertad. A veces es suficiente entrar y sentir que el ambiente abraza, que cada rincón invita a descansar un poco por dentro. Cuando la educación emocional se integra al día a día, las miradas se suavizan y la comunicación fluye con más calidez. Villar-

Terrero, Mata De Salcedo y Rosario-Rodríguez (2022) señalan que prácticas cercanas al arteterapia ayudan a que los estudiantes expresen sus emociones sin miedo, haciendo del espacio un refugio sensible para quienes cargan inquietudes o silencios profundos.

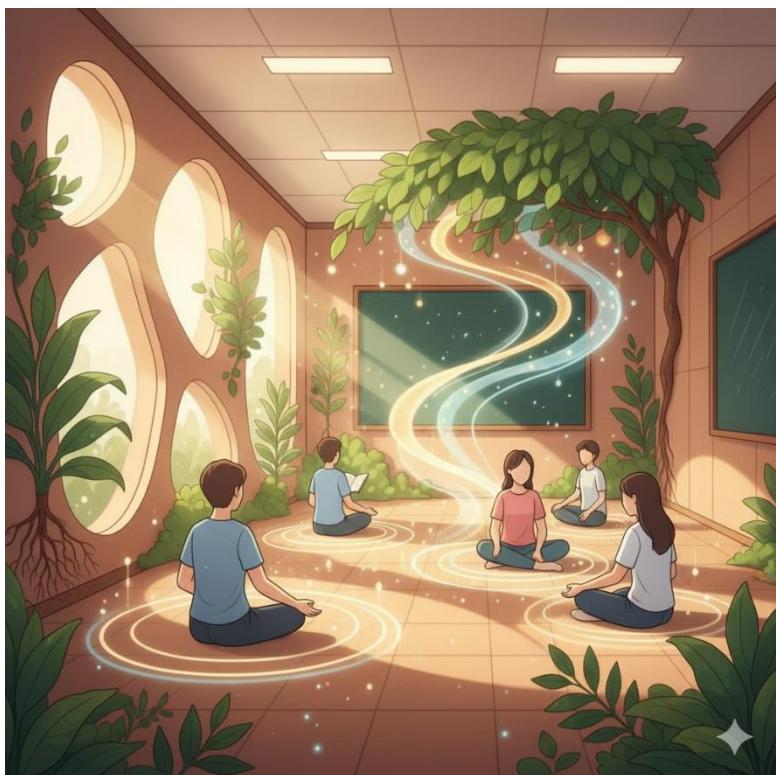


Figura 18. *El aula como espacio terapéutico de crecimiento integral*

En un aula así, los colores, las palabras y los gestos funcionan como pequeños puentes que conectan a las personas con lo que sienten. No importa si alguien llega inquieto, distraído o apagado; siempre hay una puerta abierta para volver a encontrarse consigo mismo. A veces, una actividad creativa despierta emociones que estaban guardadas. Otras veces, basta conversar con sinceridad. Según la interpretación de los autores mencionados, las

dinámicas expresivas fortalecen la convivencia, porque permiten que cada quien muestre su mundo interno sin temor a ser juzgado.

Cuando se entiende el aula como un espacio terapéutico, el aprendizaje emocional se vuelve parte del aire. Las clases dejan de ser una serie de indicaciones y se convierten en encuentros que cuidan. Las tensiones disminuyen. Los cuerpos se relajan. Las voces encuentran ritmo. Y en ese clima, estudiantes y docentes descubren que crecer no es un acto solitario, sino una experiencia compartida. De acuerdo con Villar-Terrero y colegas (2022), las propuestas de arteterapia amplían la capacidad de mirar hacia dentro, lo que fortalece la autoconciencia y la regulación afectiva.

También se transforma la manera en que nos relacionamos. En lugar de forzar comportamientos, se invita a cultivar vínculos que nacen desde la empatía. Hay días en los que el aula se siente como una sala donde cada emoción encuentra su lugar, incluso aquellas que pesan o incomodan. Entre conversaciones, trazos de pintura o pequeñas dramatizaciones, la convivencia se suaviza. Las autoras citadas destacan que estas experiencias creativas fortalecen la inteligencia intrapersonal, permitiendo que cada estudiante reconozca sus necesidades y capacidades emocionales.

Este tipo de enfoque convierte el aula en un espacio donde se respira confianza. Las actividades dejan de verse como tareas y se perciben como oportunidades para sanar pequeñas heridas o para celebrar descubrimientos personales. El docente no se coloca en un pedestal, sino que acompaña con humanidad, atento a los ritmos afectivos del grupo. Según los aportes de Villar-Terrero et al. (2022), la expresión artística guía procesos internos que ayudan a liberar tensiones y a comprender lo que ocurre dentro del propio mundo emocional.

Al final, el aula terapéutica no pretende resolverlo todo; busca ofrecer un lugar donde el crecimiento integral florezca con serenidad. Entre risas, silencios compartidos y momentos de

creación, la comunidad educativa aprende a cuidarse. Cada experiencia, por pequeña que sea, deja un eco que acompaña fuera de la escuela. Y es ese eco el que recuerda que educar también significa sostener, escuchar y permitir que cada persona encuentre un espacio donde sentirse plena, tal como plantean los autores al describir el poder transformador del arteterapia en la vida escolar.

4.8. Diseñar currículos sensibles al bienestar emocional

Diseñar un currículo que cuide el bienestar emocional es casi como tejer una manta que abriga a quienes aprenden. No se trata de llenar páginas con contenidos, sino de dar forma a un viaje que acompañe y sostenga. A veces, al pensar en lo que vive cada estudiante, se siente la necesidad de que el aprendizaje respire más despacio, que tenga huecos para sentir y procesar. Aguirre Asanza y colegas (2025) destacan que integrar el bienestar en la estructura educativa favorece una escuela más inclusiva, donde cada persona encuentra un lugar para expresarse y ser escuchada.

Cuando un currículo incorpora espacios para reconocer emociones, algo cambia en la dinámica del aula. El ambiente se suaviza. Las conversaciones se vuelven más humanas. Las actividades académicas dejan de ser una carrera y se transforman en experiencias con sentido. En sus análisis, los autores mencionados explican que trabajar el bienestar abre puertas a vínculos más respetuosos, porque el estudiantado aprende a leer sus propios estados internos y a relacionarse con el grupo desde esa conciencia afectiva.

Un currículo sensible invita a vivir la educación desde el cuidado. Entre actividades creativas, respiraciones profundas y momentos de diálogo, se construye una atmósfera donde el conocimiento se mezcla con la serenidad. Hay días en que el aula vibra con energía; otros, necesita calma. Y el currículo, en lugar de imponer un ritmo rígido, se adapta. Según Aguirre Asanza et al. (2025), este tipo de planificación flexible fortalece el bienestar y

contribuye a que la diversidad emocional sea atendida en lugar de escondida.

También se transforma la manera de evaluar. Ya no se trata de medir únicamente resultados, sino de acompañar procesos. De escuchar lo que hay detrás de una mirada cansada o un trabajo incompleto. De ofrecer herramientas que ayuden a regular emociones para que el aprendizaje fluya mejor. Los aportes de la obra citada indican que los enfoques centrados en la educación emocional aportan equidad, porque permiten que cada estudiante avance desde su propia realidad afectiva.

Al incorporar el bienestar en el currículo, el rol del docente se vuelve más cercano. Se convierte en alguien que guía sin apresurar, que observa sin juicio y que reconoce la importancia de cuidar a quienes tiene enfrente. En muchos casos, basta un gesto amable, un ajuste en la dinámica, o un espacio para respirar juntos. Los autores citados señalan que estas prácticas fortalecen la inclusión, pues ayudan a que las diferencias se integren de manera respetuosa dentro del proceso educativo.

Un currículo sensible no es una moda pedagógica; es una forma de mirar la educación desde la vida misma. Entre pequeños actos de empatía, decisiones conscientes y un ritmo que acompaña, el aprendizaje se vuelve más humano. Y en ese movimiento, la escuela deja de ser un lugar donde se acumula información y se convierte en un refugio donde se crece con dignidad y alegría, tal como plantean Aguirre Asanza y su equipo al destacar la importancia del bienestar emocional en la construcción de comunidades educativas más justas e inclusivas.

4.9. La alegría como estrategia pedagógica transformadora

La alegría puede convertirse en una especie de viento tibio que recorre el aula y renueva el ánimo de quienes aprenden.

Cuando entra en la dinámica escolar, los gestos se suavizan y el ambiente respira otra energía. Hay días en que basta una risa compartida para que la tensión se afloje. Según Amaya (2024), experiencias pedagógicas que integran emociones positivas favorecen la participación y fortalecen el compromiso, especialmente cuando el aprendizaje se vincula con acciones que tienen sentido para la vida diaria.

Uno se da cuenta de que la alegría no es un adorno, sino un motor silencioso que impulsa la curiosidad. En una clase donde la risa fluye de manera espontánea, la mente parece más dispuesta a atreverse, a probar, a crear. A veces, esta emoción funciona como una llave que abre puertas internas que estaban cerradas. Amaya (2024) describe que, en proyectos desarrollados durante períodos de confinamiento, mantener un ánimo luminoso permitió sostener el vínculo afectivo entre docentes y estudiantes, incluso en tiempos de incertidumbre.

Cuando la enseñanza se baña de alegría, algo vibra en el cuerpo. Se siente en los juegos, en los trabajos colaborativos, en ese instante en el que los ojos del grupo se encienden. Es como si el aprendizaje tomara una textura más suave y cálida. Amaya (2024) menciona que esta emoción ayuda a crear escenarios donde las personas se sienten parte de un propósito compartido, lo que amplía la disposición a colaborar y a construir conocimientos desde la conexión humana.

También sucede que la alegría da permiso para equivocarse sin miedo. En un espacio donde reímos juntos, el error deja de doler tanto y se convierte en un paso más del camino. Esta mirada transforma la pedagogía porque invita a avanzar con más confianza. De acuerdo con la autora citada, promover emociones positivas durante los procesos formativos fortalece la resiliencia y la creatividad, incluso en condiciones adversas.

A veces, la alegría se siembra en pequeños detalles: una dinámica que rompe la rutina, un saludo afectuoso, un ejercicio artístico que despierta colores interiores. Es sorprendente notar cómo estos gestos pueden cambiar el ritmo de una jornada. Amaya (2024) señala que cuando el aprendizaje conecta con experiencias significativas, la motivación florece y sostiene el involucramiento, aun cuando las circunstancias no son ideales.

Convertir la alegría en estrategia pedagógica implica reconocer su fuerza. No como un acto forzado, sino como un modo de habitar la educación con presencia emocional. En ese movimiento, el aula se vuelve un refugio donde crecer resulta más ligero. Y mientras esa emoción se expande, se construyen memorias que acompañan a lo largo de la vida, tal como plantea Amaya (2024) al destacar la capacidad de la pedagogía afectiva para transformar la manera en que nos relacionamos con el aprendizaje y con quienes compartimos el camino.

4.10. Aprender a sentir para aprender a vivir: la nueva frontera educativa

Aprender a sentir abre una puerta que suele permanecer escondida entre los ruidos del día a día. Cuando un estudiante descubre que sus emociones también enseñan, el aprendizaje adquiere un color distinto, más humano y más profundo. A veces, basta una conversación honesta o una mirada atenta para que surja esa chispa que impulsa a comprenderse mejor. Arribas-Cubero y García Martín (2023) relatan experiencias educativas donde el diálogo afectivo fortaleció vínculos y creó puentes entre realidades distintas, recordando que el sentir también construye caminos.

En muchas aulas se percibe un anhelo silencioso de ser escuchados, de poder nombrar lo que ocurre dentro. Y cuando ese espacio se abre, las personas respiran distinto. El ambiente se suaviza, como si el aire se volviera más cálido. Esta forma de aprender se nutre de la autenticidad emocional, permitiendo que el

conocimiento no se limite a lo cognitivo. Los autores citados destacan que la interacción sensible generó aprendizajes compartidos que trascendieron lo académico, dejando huellas que acompañan más allá del aula.

Hay momentos en que comprender una emoción cambia la forma de mirar la vida. Sentir miedo y entenderlo. Sentir alegría y abrazarla. Sentir tristeza y darle un lugar digno. En esta práctica, el aprendizaje se vuelve un acto de cuidado personal. Arribas-Cubero y García Martín (2023) señalan que, al propiciar conversaciones abiertas entre comunidades educativas distintas, surgió una experiencia transformadora donde el intercambio emocional amplió la comprensión del mundo y fortaleció la convivencia.

La nueva frontera educativa no está hecha de tecnología, sino de sensibilidad. Una escuela que invita a sentir enseña a vivir con más conciencia y respeto. En estas dinámicas, el afecto se mezcla con la reflexión, y cada estudiante empieza a construir un mapa interno para orientarse en sus días. Según el documento referenciado, los encuentros dialógicos impulsaron miradas más empáticas que enriquecieron el proceso formativo de todos los participantes.

Aprender a sentir implica detenerse. Respirar. Reconocer lo que atraviesa el cuerpo. En esa pausa, el acto educativo recupera su humanidad, y la experiencia escolar deja de ser rígida para convertirse en un tejido vivo. Los autores mencionan que este enfoque permitió un intercambio más honesto entre comunidades educativas, en el que la palabra se volvió un puente y no una barrera, fortaleciendo el sentido de pertenencia.

Cuando la educación abraza el sentir, la vida cotidiana se ilumina con otros tonos. El aula se transforma en un espacio de crecimiento, y cada interacción adquiere un valor emocional que acompaña y orienta. Esta mirada invita a caminar con más calma, con más escucha. Y tal como plantean Arribas-Cubero y García

Martín (2023), el aprendizaje compartido basado en la conexión afectiva no solo mejora la convivencia, sino que amplía la manera en que las personas entienden su historia y la de quienes caminan a su lado.

Tabla 4
Hacia una Cultura Escolar Emocionalmente Inteligente

Dimensión Institucional	Contribución al Futuro Educativo y al Bienestar Colectivo
Ecosistema y Liderazgo Escolar. Concebir la escuela como un ecosistema emocional y ejercer un liderazgo docente consciente y coherente establece la base cultural para el aprendizaje (Rosero Montenegro et al., 2024; Science Advance Journal, 2025).	Estas perspectivas moldean trayectorias académicas y humanas a largo plazo, ya que un clima emocional positivo y un liderazgo asertivo generan seguridad, fortalecen vínculos y preparan a los estudiantes para entornos futuros que demandan adaptabilidad, cooperación y sensibilidad (Rosero Montenegro et al., 2024; Science Advance Journal, 2025).
Neurocultura y Tecnología con Alma. Cultivar hábitos emocionales que formen una neurocultura educativa e integrar herramientas digitales desde una pedagogía afectiva potencia la comunidad de aprendizaje (Perera Yam y Torquemada Ríos, 2025; Zarria Soto et al., 2025).	Una neurocultura basada en el bienestar estabiliza el ambiente, mejora la atención colectiva y fomenta la participación activa. La tecnología, usada con sensibilidad, preserva y amplía la conexión humana, evitando que la pantalla opague el calor pedagógico y fomentando interacciones significativas

Dimensión Institucional	Contribución al Futuro Educativo y al Bienestar Colectivo
	incluso en entornos virtuales (Perera Yam y Torquemada Ríos, 2025; Zarria Soto et al., 2025).
Curículo Sensible y Alegría Pedagógica. Diseñar currículos que prioricen el bienestar emocional y reconocer la alegría como una estrategia pedagógica transformadora redefinen los fines de la educación (Aguirre Asanza et al., 2025; Amaya, 2024).	Un currículo flexible y sensible crea una escuela más inclusiva y equitativa, atendiendo la diversidad afectiva. La alegría, como motor de compromiso y resiliencia, transforma la experiencia del aula, fortalece el vínculo afectivo y construye memorias de aprendizaje positivas y perdurables, esenciales para una vida plena (Aguirre Asanza et al., 2025; Amaya, 2024).

Conclusiones

Este recorrido nos deja con una certeza profunda: la emoción no es un acompañante ocasional del aprendizaje, sino su tejido conductor esencial. Entender los diálogos químicos dentro del cerebro, esas ráfagas de dopamina o esa calma serotonérgica, nos permite mirar con mayor respeto los ritmos internos de cada estudiante. Reconocer este sustrato biológico transforma nuestra percepción; ya no vemos la distracción o la apatía como fallas, sino como señales de un paisaje interno que necesita ser atendido y guiado con cuidado.

Las prácticas educativas, por tanto, deben aspirar a crear climas donde la confianza respire con naturalidad. Un aula que se siente segura es un espacio donde las defensas bajan y la curiosidad puede elevarse sin miedo. Esto se construye con gestos cotidianos: una escucha que valida, un lenguaje que abriga en lugar de herir, y una mirada que acoge el error como un terreno fértil. En esta atmósfera, la mente deja de gastar energía en protegerse y puede invertirla plenamente en el asombroso trabajo de comprender.

La figura del docente se revela entonces como la de un cultivador de climas, un modulador emocional cuya presencia auténtica sintoniza el ambiente colectivo. Su coherencia afectiva, su capacidad para nombrar las emociones y su manejo sereno de los imprevistos tejen una red de seguridad invisible. Este liderazgo no reside en la autoridad distante, sino en la humanidad cercana que sabe que, antes que cualquier contenido, es necesario preparar el terreno interno desde donde brotará el genuino interés.

Las estrategias pedagógicas cobran vida cuando se diseñan con esta intencionalidad afectiva. Provocar la sorpresa, integrar el juego, emplear la narrativa o envolver una lección en música no son recursos decorativos. Son puentes conscientes tendidos hacia el cerebro emocional, caminos que transforman la información en

experiencia viva y memorable. Evaluar desde este paradigma también cambia; deja de ser un juicio final para convertirse en una conversación compasiva sobre el proceso, una brújula que orienta sin castigar.

La neurocultura escolar resultante trasciende las acciones aisladas para convertirse en un modo de convivencia. Es el hábito colectivo de priorizar el bienestar, de escuchar los ritmos distintos, de celebrar el esfuerzo visible y de sostener el esfuerzo que pasa desapercibido. Esta cultura convierte a la escuela en un ecosistema resiliente, donde cada miembro se siente parte de un organismo mayor que lo contiene y lo nutre, permitiendo que la innovación y la colaboración florezcan desde una base de confianza mutua.

La tecnología, integrada con alma, encuentra aquí su propósito más noble. Lejos de ser una fuerza disruptiva o fría, se convierte en una extensión del vínculo pedagógico, una herramienta que amplía las posibilidades de creación y conexión sin erosionar la calidez del encuentro. Su uso sensible demuestra que lo digital y lo humano pueden entrelazarse, siempre que la pantalla sirva para acercar miradas y no para erigir muros entre las personas.

Al expandir la mirada hacia lo intergeneracional, descubrimos que el aprendizaje emocional se enriquece con el intercambio de experiencias. Este diálogo entre edades diferentes recuerda que la sabiduría afectiva no tiene que ver con la acumulación de datos, sino con la profundidad de la vivencia compartida. La escuela se abre así a la comunidad, reconociéndose como un nodo dentro de una red más amplia de cuidado y transmisión de lo humanamente esencial.

Llegamos así a un horizonte donde el currículo mismo es repensado como una experiencia sensible al fluir emocional. Deja de ser una secuencia rígida de contenidos para transformarse en un itinerario flexible que deja espacio para la pausa, la reflexión y el procesamiento interno. Un currículo vivo que responde a las

necesidades afectivas del grupo es la máxima expresión de una educación que honra la integralidad de la persona, formando no únicamente para saber, sino para ser.

En este marco, la alegría se legitima como una fuerza pedagógica de poder transformador. No es frivolidad ni evasión, sino un estado de apertura y conexión que favorece la resiliencia, la creatividad y el vínculo solidario. Cultivarla de manera auténtica dentro del aula es un acto de resistencia frente a la presión y el desgaste, un recordatorio de que crecer y aprender pueden, y deben, estar impregnados de una luz interior que los haga deseables.

La conclusión final es clara y esperanzadora: aprender a sentir es el fundamento indisociable para aprender a vivir con plenitud. Una educación que abraza esta verdad deja atrás viejas dicotomías entre razón y emoción, entre rendimiento y bienestar. Nos orienta hacia una práctica donde el cuidado emocional y el rigor académico se alimentan mutuamente, forjando no solamente mentes preparadas, sino personas capaces de habitar su mundo interior y de relacionarse con los demás desde la autenticidad, la empatía y una profunda dignidad compartida.

Referencias Bibliográficas

- Aguirre Asanza, D. M., Ramírez Maldonado, L. M., Maldonado Sarmas, I. C., Apolo Maldonado, M. M., Maldonado Sarmas, E. M., & Masache Lojan, D. C. (2025). *Educación emocional y bienestar: Herramientas para una escuela inclusiva*. Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinaria, 9(2), 946–962. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v9i2.16901
- Albán Angulo, D. B. (2025). La privación del sueño y su impacto en la neurocognición: Un análisis de los efectos en la memoria, atención y emociones. *Horizonte Académico*, 5(1), 635–653. <https://doi.org/10.70208/3007.8245.v5.n1.117>
- Alfonso Aroca, G. (2025). *La inteligencia artificial como mecanismo transformador: Análisis en el contexto organizacional de cinco países líderes en innovación empresarial* [Tesis de grado, Universidad Cooperativa de Colombia]. <https://hdl.handle.net/20.500.12494/60893>
- Amaya, A. A. (2024). Educación transformadora en confinamiento: Un proyecto de aprendizaje-servicio. *Saberes Andantes*, 4(11), 152–178. <https://saberesandantes.org/index.php/sa/article/view/215>
- Arribas-Cubero, H. F., & García Martín, R. (2023). Caminos dialógicos: Intercambio y aprendizaje compartido entre dos realidades educativas. *Márgenes, Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 4(2), 127–136. <https://doi.org/10.24310/mgnmar.v4i2.15809>
- Bolaños Cisneros, D. (2022). *Neurodidáctica: Literatura y emociones para su enseñanza en el nivel medio superior* [Tesis de maestría, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla]. <https://hdl.handle.net/20.500.12371/18477>
- Cardona, A. C. (2024). *La familia como agente impulsor de la curiosidad: Una secuencia didáctica basada en procesos de investigación científica escolar* [Trabajo de grado]. <http://hdl.handle.net/20.500.12209/20664>
- Canga León, M. M., Chiles Morales, M. E., Valverde Jácome, B. E., Bohórquez Cruz, M. A., & Vilela Carrasco, T. I. (2025). Estrategias didácticas basadas en la neuroeducación para mejorar la atención y memoria en estudiantes de educación básica. *Revista Científica Multidisciplinaria SAGA*, 2(2), 203–214. <https://doi.org/10.63415/saga.v2i2.102>

- Cayambe Gordillo, J. M., Sánchez Herrera, M. L., Núñez Núñez, I. M., Silva Veloz, I. M., & Sánchez Herrera, E. F. (2024). El docente como gestor de emociones en ambientes de aprendizajes. *Revista Social Fronteriza*, 4(2), e42234. [https://doi.org/10.59814/resofro.2024.4\(2\)234](https://doi.org/10.59814/resofro.2024.4(2)234)
- Cedeño Solórzano, B. M., & Chong Cruz, M. L. (2022). La atención plena y su incidencia en el rendimiento académico en alumnos de básica elemental. *Mikarimin. Revista Científica Multidisciplinaria*, 8, 105–118. <https://revista.uniandes.edu.ec/ojs/index.php/mikarimin/article/view/2845>
- Cortés Picazo, L., & Grinspun Siguelnitzky, N. (2023). Percepción de la corporeización de las emociones según profesores/as de artes visuales. *Revista de Estudios y Experiencias en Educación*, 22(48), 65–83. <https://doi.org/10.21703/0718-5162.v22.n48.2023.004>
- Cuya Urbina, M. (2021). *Neuronas espejo, sinapsis e implicancias en el aprendizaje* [Tesis de grado, Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle]. <https://repositorio.une.edu.pe/handle/20.500.14039/8111>
- Díaz Aguirre, R. (2021). *Bases neurocientíficas del aprendizaje* [Tesis de grado, Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle]. <https://repositorio.une.edu.pe/handle/20.500.14039/7320>
- Díaz Gómez, J. L. (2024). Las huellas del tiempo vivido: Memoria, identidad y conciencia. *Mente y Cultura*, 5(1), 1–23. <https://doi.org/10.17711/MyC.2683-3018.2024.001>
- Duarte, C. (2024). *Voces que transforman: El poder de la escucha y la empatía en los servicios de salud* [Proyecto aplicado, UNAD]. <https://repository.unad.edu.co/handle/10596/67361>
- Espinoza Jaramillo, S. G., Neira Suqui, S. H., & Benuglio Romero, S. V. (2025). Gamificación multisensorial y neuroaprendizaje. *Revista Científica Multidisciplinar SAGA*, 2(2), 80–89. <https://doi.org/10.63415/saga.v2i2.79>
- Figueroa Reyes, A., García Martínez, I., & Suárez Suárez, G. (2025). Neuroplasticidad e imaginación en el aprendizaje mediante visualización creativa. *Nobilis*, 2(1), 24–32. <https://nobilis.ube.edu.ec/index.php/nobilis/article/view/35>
- García, H. D., & Páez, V. L. (2022). *La empatía: Una habilidad social clave para la disminución de conflictos* [Trabajo académico]. <http://hdl.handle.net/11349/30692>

- Huertas, E. A. (2024). *Laboratorio experimental de teatro emocional integral y desarrollo humano*.
<http://hdl.handle.net/11349/42374>
- Magdalena Beltrán Sarabia. (2024). La evaluación formativa como estímulo de motivación. *Formación Estratégica*, 7(1), 177–195.
<https://formacionestrategica.com/index.php/foes/article/view/135>
- Marcano, Z. (2023). Aprendizaje multisensorial en educación media. *Kaleidoscopio*, 20(39), 7–17.
<http://crear.uneg.edu.ve/index.php/kaleidoscopio/article/view/380>
- Mora Guerrero, L. M., Sánchez Ramírez, G. J., Lindao Reyes, G. del R., Reinoso Silva, N. E., & Perugachi Contreras, L. A. (2023). Estrategias para el fortalecimiento de la autorregulación escolar. *MENTOR Revista de Investigación Educativa y Deportiva*, 2(4), 53–68.
<https://doi.org/10.56200/mried.v2i4.5308>
- Ortiz Baptista, J. B. (2023). Funciones ejecutivas y aprendizaje. *Universidad-Ciencia-&-Sociedad*, 24(2), 36–41.
<https://doi.org/10.61070/ucs.v24i2.107>
- Perera Yam, H. R., & Torquemada Ríos, V. Z. (2025). La formación docente para integrar herramientas tecnológicas. *Revista Veritas de Difusão Científica*, 5(3), 1875–1891.
<https://doi.org/10.61616/rvdc.v5i3.321>
- Ramos Berruz, A., Ferrín Cedeño, P., Bernaza Berrezueta, P., & Paredes Mayorga, N. (2025). El impacto del juego en el desarrollo cognitivo y emocional. *Polo del Conocimiento*, 10(3), 1896–1906. <https://doi.org/10.23857/pc.v10i3.9163>
- Reyes, J. E. (2025). *La influencia de los afectos en la enseñanza de la filosofía* [Trabajo de grado].
<http://hdl.handle.net/20.500.12209/21280>
- Rosero Montenegro, L. M., Umatambo Hidalgo, N. D. L. M., & Ortiz Escandón, S. E. (2024). Gerencia asertiva en la dirección de centros educativos. *Revista Social Fronteriza*, 4(4), e44332.
[https://doi.org/10.59814/resofro.2024.4\(4\)332](https://doi.org/10.59814/resofro.2024.4(4)332)
- Salcedo, W. (2024). *El lenguaje de la música como experiencia formativa* [Trabajo de grado].
<https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/85969>
- Salcedo-de-la-Fuente, R., Herrera-Carrasco, L., Illanes-Aguilar, L., Poblete-Valderrama, F., & Rodas-Kürten, V. (2024). Las emociones en el proceso de aprendizaje. *Revista de Estudios y*

- Experiencias en Educación*, 23(51), 253–271.
<https://doi.org/10.21703/rexe.v23i51.1991>
- Sarango-Chillo, B. E. (2024). El rol de las emociones en la atención sostenida. *Space Scientific Journal of Multidisciplinary*, 2(2), 14–26. <https://doi.org/10.63618/omd/ssjm/v2/n2/28>
- Seoane Pinilla, J. (2024). Empatía (emoción política). *EUNOMÍA. Revista en Cultura de la Legalidad*, (26), 293–310.
<https://doi.org/10.20318/economia.2024.8514>
- Ullauri Ullauri, J. I., Mejía Cajamarca, P. E., & Ullauri Ullauri, C. I. (2022). Aprendizaje colaborativo entre pares. *Revista Scientific*, 7(26), 88–110.
<https://doi.org/10.29394/Scientific.issn.2542-2987.2022.7.26.5.88-110>
- Villamil, A. P. (2024). *Estar-juntos: Reconociendo saberes y sentires en familia*. <http://hdl.handle.net/20.500.12209/20149>
- Villar-Terrero, A., Mata de Salcedo, C., & Rosario-Rodríguez, J. (2022). El arteterapia para mejorar la convivencia en el aula. *Polo del Conocimiento*, 7(2), 1908–1927.
<https://doi.org/10.23857/pc.v7i2.3688>
- Zarria Soto, P. M., Zarria Soto, C. P., Paredes Mena, G. F., Montenegro Yugsi, L. M., & Puetate Ortega, N. M. (2025). Neurociencia del aprendizaje. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinaria*, 9(2), 3555–3586.
https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v9i2.17157



Red de Investigación
Científica y Desarrollo
Tecnológico **Del Pacífico**

EDITORIAL
SAGA

ISBN: 978-9942-7476-4-8



9 789942 747648